REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | San José de Costa Rica, Lunes 5 de Febrero de 1923 | Nos. 20-21

La soberanía es divisible

Por B. SANIN CANO

París, setiembre de 1922.

A creer en las doctrinas de los filósofos spencerianos, el proceso evolutivo de los organismos y de las especies va de lo sencillo a lo complejo: de la amiba a la esponja, y así en adelante, hasta los peces y el hombre. Es de suponer que en las sociedades animales la marcha se ha ido desenvolviendo en una forma semejante. En las abejas se puede estudiar el tipo solitario, la especie que vive en pequeñas familias y la más avanzada que ha llegado a realizar el sistema comunista en toda su perfección.

Las sociedades humanas han pasado sin duda por las dos primeras etapas. La vida solitaria del hombre primitivo, la vida familiar o de tribu en época más reciente y la organización en sociedades, pueblos o naciones, que no se ha completado aun. Los ensayos, tanteos, rectificaciones y errores de que hay memoria en los anales de las sociedades humanas para llegar a organizarse en la forma presente son tantos y tan burdos que desafían la lógica y la retentiva del hombre. Pero es indudable que las sociedades marchan de lo sencillo a lo complejo, ¡y tan complejo! La complicación del régimen burocrático en sus aspectos parlamentario, como en Europa, o presidencial, como en la mayor parte de las Repúblicas americanas, ha llegado a tal punto que la razón humana no basta para deshilvanar sus enredadas madejas. Ha poco tiempo desafiaba la prensa estadounidense a los legisladores de un Estado de la Unión para que se sirvieran explicar el sentido de una ley votada por ellos y sancionada por el gobernador competente. De sobra está decir que no pudieron los legisladores explicar el sentido de frases que se escapaban al entendimiento de los más consumados jurisconsultos. En un curioso pleito que acaban de resolver los tribunales franceses, la administración de las aduanas resulta ignorante de las leyes cuya ejecución le ha sido encomendada. Comentando este suceso, un periodista de buen humor pide que no se vitupere a la aduana cuya falta consiste en haber interpretado mal una ley que, en rigor, es un embolismo incomprensible. Por ese lado en verdad no es vituperable, pero lo es cuando resuelve no pagar las sumas indebidamente cobradas sino a las personas que demanden el pago ante los tribunales y obtengan sentencia en su favor. De lo cual resulta que a los acreedores damnificados en grande se les va a devolver lo que pagaron en exceso, pero a los que han sido víctimas de la aduana por pequeñas sumas no les queda el recurso de proceder legalmente, porque no tienen con qué pagar los gastos del proceso. El funcionarismo es ignorante. La ignorancia es respetable como la inocencia. Mas cuando los burócratas, para esconder su ignorancia, que no es un delito, echan mano de recursos como el presente, ya no son respetables, sino muy nocivos y se convierten en un peligro para el orden social. La burocracia del Austria prebélica tuvo fama de ser casi tan complicada cuanto inepta. Las consecuencias de la guerra han justificado sus pretensiones a la excelencia en materia de complicación. La complexidad del mecanismo burocrático en aquel rezago de un fastuoso Imperio ha llegado a tal extremo que no hay quien dé con las piezas que faltan o con las que se niegan a llenar la función para la cual estaban destinadas. La máquina ha quedado inservible y el señor Seipel, canciller de la República cristiana y socialista, anda ofreciendo en las calles de Europa una Nación inservible al que se crea capaz de componerla y hacerla andar. Faltan compradores.

El caso de Austria causa despecho a los demócratas; risa, probablemente, a los monarquistas que no están sufriendo las consecuencias de aquel pavoroso derrumbamiento, y compasión a los espíritus generosos. Sin embargo, la condición de Austria no es excepcional; es el resultado de un exceso de organización, de una exagerada omnipotencia del burocratismo. Rusia, pasando por fenómenos semejantes, ha bajado ya al abismo; se consuela, parece, con la creencia de que no será posible ir más abajo. Otras naciones, entre ellas Alemania, van por la misma senda que la nueva democracia cristiano-socialista. La excesiva organización, la ceguedad de la burocracia alemana dió al traste con el Imperio y estuvo a punto de hacer naufragar la civilización. La burocracia del Imperio continúa siendo dueña, con otro nombre, de los destinos del Estado alemán socialista y republicano. La revolución destruyó los privilegios, acabó con las prerrogativas dinásticas, pero ha conservado intactas o aumentadas hasta lo increíble las pretensiones del funcionario hinchado y seguro de sí mismo. Ya era complicada la máquina del Estado en tiempo de Guillermo II: la complexidad de la República le produce la sensación del vértigo a quien se tome el trabajo de repasar, con ánimo de entenderla, una cualquiera de las nuevas leyes de impuestos, que son o debieran ser las más sencillas.

La complexidad de la vida del Estado ha llegado a ser tal que empieza a haber un empeño general de restituir la vida pública a un patrón de sencillez más asequible a la inteligencia humana. Antes de la guerra ya se decía que el Estado había absorbido demasiados servicios públicos. Se había adueñado de los correos, de la fabricación o venta de licores y cigarros, en algunos países era administrador directo o dueño inmediato de los ferrocarriles, tranvías y otros medios de transporte. Le pertenecían por dondequiera los teléfonos y telégrafos. En algunas partes distribuía el Estado el agua potable, para baldón de la higiene y en beneficio de las compañías privadas que explotaban las aguas minerales de diferentes especies y virtudes. Los resultados de esta penetración de la burocracia en la vida privada han debido ser muy satisfactorios para la burocracia, porque, terminada la guerra, se ha pensado en darle a los Gobiernos el poder de limitar la importación del trigo, de legislar sobre los ingredientes que han de concurrir a la preparación del pan cotidiano y de señalar el precio de esta gollería. En tanto, para pagar los gastos de este Estado predatorio, voraz e insaciable, al individuo se le despoja de la tercera parte y aun de la mitad de su renta. Le dejan liber-

tad para respirar, para vestirse, para dormir si se lo consiente el ruido de las ciudades; para enfermar y aun para ejecutar acto de trascendencia tan incalculable como es el morir de muerte natural. Pero por esta y otras pequeñas libertades le hacen pagar precios muy altos, casi tan altos como los que paga por aquellos otros servicios que ha monopolizado el Gobierno. Y el ciudadano se dice: «¿Por qué hay servicios cuya administración asumen los Gobiernos y servicios dejados a la inclemencia de la iniciativa particular?» Y el Estado responde que ha llegado la complexidad de los negocios públicos al extremo de hacer imposible para la administración el ocuparse en atender a otros servicios.

De todo esto resulta que hay una tendencia a fraccionar las funciones del Estado, conservándole su augusta apariencia. La tendencia no es en la Historia una gran novedad. En un tiempo el Estado fué una parte de la Iglesia. El fetiche y el sacerdote llenaron al principio todas las funciones que hoy caen dentro de las atribuciones de la burocracia. Enseguida el Estado fué el ente principal que llenaba a un mismo tiempo las funciones de la Iglesia. La historia moderna da cuenta minuciosa de la lucha tenaz de algunos pueblos para lograr la separación de la Iglesia y el Estado, haciendo convivir a estas dos entidades en absoluta independencia la una de la otra. Los regímenes de separación, de unión, de concordato, son atenuaciones de la gravedad de este intrincado problema, cuya solución no puede ser otra que la separación absoluta de las dos potestades. Pero aun eliminando la Iglesia de sus preocupaciones y dejándola en completa libertad para darse sus leyes y estructura propias, el Estado continúa siendo un organismo excesivamente complicado. El hombre resulta incapaz de difundir su inteligencia por todos los ámbitos hasta los cuales penetra una administración desordenadamente entremetida y ubicua. El entendimiento de un solo hombre, la capacidad reflexiva de todo un Parlamento, no bastan para abrazar en su conjunto todos los aspectos de la actividad de un Gobierno. A esto se agrega que, en efecto, al lado del Estado han nacido y están creciendo entidades que le merman su poder y que, en ocasiones, llegan a imponérsele. Las grandes compañías de transportes se han convertido en una especie de segundo poder. Las asociaciones denominadas «Trade Unions» en Inglaterra manifiestan una tendencia cada día más franca a cercenar los derechos del Estado. Estos rivales del organismo político no han querido usar hasta ahora de la violencia. Los grandes trusts y las asociaciones obreras limitan el poder del Estado haciendo uso del capital enorme que usufructúan o recurriendo a la huelga, según el caso. Pero se ha constituido ya, en algunos países, una entidad rival del Estado que no se detiene ante la violencia y hace de ésta por el contrario su más eficaz y más socorrida manera de imponer su voluntad. El fascismo no titubea ante el asesinato, el incendio premeditado, la extorsión y el secuestro. Y con estas medidas ha afirmado su existencia con caracteres de un segundo Estado, dentro del Estado, con soberanía y organización que tienen en jaque a la vieja armadura monárquica o parlamentaria. El Gobierno italiano está desempeñando un triste papel ante la arrogancia y el coraje de los fascistas. Y cuidado que éstos no hacen secreto de su actitud ante el viejo y pomposo organismo del Estado democrático. En un coloquio de Benito Mussolini con un periodista francés, el artífice genial del facismo ha diseñado su plan con una franqueza recomendable. El y sus adeptos tratan de reducir el Estado a sus funciones esenciales, que son de orden político y legislativo. Acaso por este lado se den la mano con los gremialistas británicos. Piden además los fascistas representación de los trabajadores en la dirección de cada industria, limitando esta intervención a proteger los derechos del personal. Tal exigencia es menos completa, pero lleva la misma orientación que la del socialismo gremial, cuyas aspiraciones se cifran en poseer y administrar los elementos de trabajo y los materiales de cada industria.

El socialismo gremial y el fascismo son organizaciones públicas que obran a la luz del día y se sirven de los medios de acción y de propaganda de que usan los Gobiernos. Pero hay otras organizaciones que no tienen programa conocido, como el Klu-Klux-Klan, que desenvuelven sus planes en secreto, que no vacilan ante el crimen, que se cubren de ridículo y, sin embargo, desafían el poder del Estado y en ocasiones suelen contrarrestarlo. Se habla aquí de esta asociación, no para hacer mérito de su importancia, sino para evidenciar la debilidad del Estado moderno.

A estas flaquezas del Estado han venido a agregarse los poderes enormes que la ciencia pone diariamente a merced del individuo. La invención de la pólvora hizo al hombre aislado, más independiente. La química moderna ha puesto a disposición del individuo tales medios de destrucción, que el Estado tiene que tomarlos en cuenta al proceder contra los hombres perniciosos. Un malvado solo puede destruir un barrio entero con sus habitantes. Los medios de transporte, por otra parte, aumentan la independencia del individuo. El gran barco transatlántico y los ferrocarriles lo esclavizaron, o, a lo menos, exaltaron sus instintos gregarios; pero la bicicleta, el automóvil, el aeroplano, han puesto en sus manos grandes elementos de libertad para evadir la inspección del Estado, y para escaparse si lo persiguen. El avión sin motor, si se perfecciona, completará estos anhelos de libertad y cercenará la soberanía de los Estados en cuanto se ejerza sobre los individuos.

Por último es preciso no perder de vista que la soberanía no es un derecho, sino una función. El Estado no es soberano por derecho, sino porque puede ejercer las funciones que le incumben a esa entidad. Puede perderlas por impotencia; se le pueden cercenar, como se le cercenaron un tiempo al Japón, a Turquía, a la China; se le pueden suprimir temporalmente en castigo de faltas cometidas, según se ha visto en el caso reciente de las Naciones vencidas. Y sin intervención de Naciones vecinas se puede perder la soberanía por ineptitud y aun se puede ofrecer al mejor postor, como en el caso de Austria. Por esto dijo Mommsen en su historia de Roma y refiriéndose a los tiempos de Sylla que «cuando un Gobierno deja de gobernar, todo el que tenga el poder y la capacidad de derrocarlo tiene también el derecho de hacerlo», frase ciceroniana que deben repasar en la mente y analizar en sus consecuencias los hombres de Estado hispano-americanos, especialmente los que tienen en sus manos la soberanía de los trópicos.

(*La Nación*, Buenos Aires).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

De los libros que nos llegan

(Indice)

[LEOPOLDO LUGONES: *La Funesta Helena*.—«Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias». Pp. 64.—Envío de don Samuel Glusberg].

Las razas de la belleza y del individualismo y las razas del colectivismo y de la verdad.

De mis lecturas históricas he sacado, efectivamente, una consecuencia que reputo interesante, y es: que la humanidad blanca hállase constituida por dos géneros de razas a las cuales impulsan dos móviles distintos e inconciliables hasta hoy, si no eternamente opuestos: los griegos, latinos y celtas, que son las razas de la belleza y del individualismo; los semitas, eslavos y germanos, que son las razas del colectivismo y de la verdad.

Los hombres necesitan principios que les formulen de una manera intelectualmente satisfactoria su conformidad con la vida; pues como son seres intelectuales, el instinto vital de la prosperidad y de la conservación físicas, no les basta; sino que también necesitan la satisfacción espiritual que comporta aquella inteligente conformidad con la vida. Por esto la explicación de los fenómenos que la constituyen, y de su objeto, les resulta necesaria como el pan. Así los sistemas religiosos, morales y filosóficos son fórmulas de conformidad con la vida.

Para las razas de belleza, aquellos principios consisten en las obras de arte, que una vez realizadas, vienen a constituir seres eternos, quienes gozan de la inmortalidad que es la verdadera vida. Y así lo veremos demostrarse por sí mismo en el examen de los héroes homéricos. Al propio tiempo, como la obra de arte es un fenómeno personalísimo, un engendro tan individual como el de un hijo de carne y hueso, el individualismo de aquellas razas nace de suyo, al resultar el estado superior para el hombre.

Las razas de verdad aspiran también a la constancia y permanencia de sus principios; pues la conformidad con la vida es un estado dichoso que el hombre desea conservar eternamente. Pero como las verdades de la observación y de la experiencia son mudables por su índole, aquellas razas han menester de otras distintas que vienen a ser los dogmas; y para que duren indefinidamente, si es posible, necesitan asimismo substraerlas al imperio de la razón: con lo que resultan afirmaciones cuyo análisis es imposible o peligroso. Al propio tiempo, como la permanencia de afirmaciones semejantes depende del acatamiento que se les preste, sometiéndose a ellas, puesto que comprenderlas no es posible, su aceptación colectiva viene a constituir un caso de obediencia impersonal, y el colectivismo es la consecuencia.

Esto produce resultados sociales tan netos y diferentes, que su comprensión da la clave de la historia. Así, las razas de la belleza y del individualismo, lo son también de la libertad y de la igualdad; como las razas de la verdad y del colectivismo, lo son igualmente de la autoridad y de la jerarquía. La acción exterior o irradiante de unas y otras, consiste para las primeras en la influencia espiritual, y para las segundas en la conquista material. Aquéllas influyen por medio de la simpatía, éstas por medio del terror. La razón de la actividad humana, es para las unas el encanto y para las otras el provecho. Aquéllas preferirán la libertad defectuosa y difícil; éstas las comodidades que suministra el despotismo (1).

Nosotros, por nuestra ascendencia latina, que la concurrencia italiana a nuestra suelo robusteció, pertenecemos a las razas de belleza. Y con esto, venimos en línea espiritual directa de la Grecia que fué su progenitora. El éxito sin precedentes de aquella raza, no solamente nos revela que la belleza y el individualismo pueden conducir a la máxima prosperidad vital, sino que nos indica la orientación más conforme con nuestra tendencia. Lo que hiciéramos para contrariarla, por seguir la otra, resultaría, pues, falso e inútil; de suerte que cuando intento estudiar la vida superior en la persona de los héroes homéricos, no lo hago por literatura, sino ante todo por patriotismo. Las lecciones de heroísmo formuladas por esos poemas, producen como se verá, resultados prácticos: entre otros, la elevación del alma y la fortaleza que vienen de sentirse vinculado a aquella antigüedad rediviva en nosotros y cuyo estado de prosperidad es constante; pues a pesar del fracaso que para ella representó el triunfo del cristianismo, no dejó de ir recobrándose lentamente en el seno de la civilización cristiana, hasta conseguir durante los últimos ciento cincuenta años, éxitos que ya permiten suponer un cercano desenlace: la organización de la democracia norteamericana cuya fórmula ideal es latina por francesa; la Gran Revolución de 1789; la más grande aún de 1810 en nuestra América, puesto que de ella salió un mundo orientado hacia el mismo ideal; y por último, como resultado seguro de la presente lucha, el ingreso de Inglaterra en el concierto de la latinidad. Cualquiera que sea el fin de este espantoso sacudimiento de Europa, América encabezará la nueva civilización que se levante sobre ese mundo en ruinas: América, con su noción fundamental del ciudadano eminente en el Estado, que así es cosa suya, y no a la inversa; con su comprensión exacta de que la paz es una consecuencia de la libertad; con sus símbolos precursores, indicios trascendentales a mi ver, que remontan sobre ambos polos, en significativa simultaneidad, el sol austral y las estrellas del norte.

Nuestra historia, como los episodios homéricos, se define por sus héroes: Washington, Hidalgo, Bolívar, San Martín. Así lo formuló primero el general Mitre en sus grandes historias. Así Sarmiento en una sentencia lapidaria: «La historia del progreso humano es la imitación del genio».

Ellos hicieron la emancipación. Nosotros tenemos que realizar la belleza. El porvenir, tal vez, alcanzará la libertad, inaccesible por ahora como bien colectivo.

Una lección moral

...Su actitud caballeresca (1) hacia la culpable esposa de Menelao comporta una lección moral. Es el respeto a la mujer caída que el caballero de todos

(1) Este destino característico de las razas, no era ajeno al conocimiento de la Antigüedad, según lo demuestra un significativo detalle de la simbología bíblica. En la genealogía profética de los hijos de Noé que como se sabe son troncos étnicos, el nombre de Jafet, padre de nuestra raza, significa *Belleza*. El cristianismo, religión semítica, no puede, así, convenirnos; y en efecto, no formula nuestro ideal.

(1) La de los héroes homéricos.

los tiempos sintió a través de su dechado el paladín helénico. Pues aquí debo recordar otra consecuencia importante de la civilización poética, con el fin de autorizar más aún, si cabe, su estudio.

La Edad Media fué un largo conflicto entre la barbarie del Norte que sostenía al cristianismo absolutista del degüello y de la hoguera, y el paganismo meridional que intentaba renacer. El agente de esta última tendencia, que por fin predominó, al desquiciarse la sociedad medioeval con la guerra de Cien Años, fué el caballero de las Cruzadas, de las Cortes de Amor, del culto a la dama y de las andanzas por la justicia. La caballería errante o instituída en orden, tuvo este objeto sublime: realizar las creaciones de la poesía, convirtiendo el heroísmo en estado normal. Ahora bien: todos los poemas que constituyeron su código y le suministraron sus prototipos, procedían de la Ilíada y la Odisea, cuyas traducciones y adaptaciones legendarias iniciaron el género por doquier. No hay elemento de la literatura caballeresca que no esté en los poemas homéricos y no sea su imitación. El paladín medioeval fué hijo del caballero heleno. Así se explica que en la primera grande empresa de renacimiento pagano: la herejía albigense de las democracias provenzales, los caballeros estuvieran con los herejes; así la persecución eclesiástica contra la novela caballeresca enteramente despreocupada de religión; así el laicismo de los paladines, que tipifican como términos extremos, las imposiciones del Cid al papa y la indiferencia racionalista de Don Quijote.

Aquella Provenza de los paladines hijos de Aquiles y Héctor, engendró después a los más nobles autores de la Revolución Francesa que nos dió a todos la libertad, y cuyo himno, ya humano, recuerda por el nombre la república griega de Marsella, donde subsistieron durante más tiempo la tradición y las instituciones paganas.

El cristianismo eclesiástico abominó de la mujer, tercer enemigo del alma, coincidiendo en esto, una vez más, con la barbarie germánica que la consideraba perpetuamente menor. La despiadada condenación de la adúltera tiene ese origen, comportando en el fondo, una sórdida venganza del varón, que así castiga sobre otro su propia incapacidad para hacerse amar: el eterno dogma de obediencia, siempre injusto con el débil a quien echa la tremenda responsabilidad de los juramentos irrevocables.

Mas también es del caso recordar que el perdón caballeresco del poeta griego, coincide con la salvaguardia compasiva de Jesús ante la pobre mujer lapidada por el populacho.

Aceptando como lo quiere la Iglesia, que todos los actos de aquél tuvieran una significación trascendental, es indudable que el Galileo simbolizó en tal forma dos cosas perfectamente concordes, por lo demás, con su doctrina: la falencia de la justicia humana y el carácter privado de esa falta, que así resulta entregada a la sola misericordia de Dios. La «inmoralidad» pagana obtiene, pues, una justificación tan inesperada como insospechable.

Esta disculpa de Helena, con que yo intento restablecer el juicio de la Antigüedad, fué tan completa, que la heroína acabó por inspirar un panegírico al más perfecto de los escritores griegos: y lo fué el de Isócrates en su escuela de Atenas. La predilección de los dioses habríase manifestado sobre aquélla por el sino infausto y por el perdón con que la distinguieron; pues, retornada a su hogar, acabó sus días como honesta esposa. Del propio modo, María de Magdalo, favorecida por el divino perdón, es Santa María Magdalena.

La mujer es la causa de toda guerra

No existía la reclusión del gineceo; y el matrimonio monogámico era el estado habitual de los héroes, sin un solo divorcio o repudio mencionado por los poemas. Sólo hay un caso de poligamia: el de Príamo, que denuncia ya las costumbres del Oriente en Troya, ciudad asiática. El amor familiar era grande, así como la influencia de la esposa y la consideración en que se la tenía. Basta recordar a Penélope y a Andrómaca.

Nada lo prueba mejor, repito, que la cortesía caballeresca, elogiada como va a verse por la misma Helena cuando llora a Héctor difunto en el canto XXIV de la Ilíada:

«Héctor, el más querido de todos mis [cuñados,
puesto que es Alejandro deiforme mi marido
que a Troya me trajo (antes yo hubiera [perecido):
veinte años ha que desde mi patria hube [llegado,
sin que una expresión áspera o vil de ti [haya oído.
Antes, si en casa alguno de aquéllos me [increpaba,
o cuñadas, o esbeltas concuñadas, o suegra
(que el suegro, siempre, como buen padre [me trataba)
tú al punto reprimíaslo y su enojo calmabas
con la amable palabra que persuade y alegra.
Por eso, desdichada, de corazón te lloro,
que en la amplia Troya nadie se me [mostrará blando,
pues han de odiarme todos».

Así dijo llorando,
y el pueblo, en tanto, alzaba llanto inmenso [y sonoro.
(762-776).

El héroe cumplido, el esposo fiel por excelencia, habíala, pues, perdonado con magnanimidad. Homero, a su vez, lo hizo, confiriéndole como símbolo de principalía familiar los honores de la rueca.

Pues el manejo del huso caracterizaba, en efecto, a la señora helénica. El huso era el cetro femenino, lo mismo para las diosas que para las reinas. Atena fué, por excelencia, «la tejedora». Arete, la reina de los feacios, distinguíase como hilandera en aquel pueblo famoso por los telares de sus mujeres. Penélope defendió su castidad con el tejido interminable. Las mismas diosas lascivas como Circe y Calipso, ocupábanse en tales labores; siendo del caso recordar, para que se vea hasta qué punto es Homero eternamente humano, que los únicos trabajos aceptados por las cortesanas de todos los tiempos, son esos precisamente.

Tan honroso era para Homero el trabajo del huso, que la tradición atribuíale la dedicatoria de tres versos celebérrimos de la Ilíada a su propia madre. Son aquellos del canto XII (433-435) con los cuales resume por medio de una imagen familiar, buscando el interés en el contraste, según acostumbra para los casos análogos, el equilibrio del combate entre aqueos y troyanos:

Como una mujer justa que en su labor [manual,
con la lana y la pesa la balanza igualando,
gana para sus hijos miserable jornal.

Pues decíase que la madre de Homero había sido una pobre hilandera.

Mas, sin perjuicio del cariñoso recuerdo que así dejaría permanente, hay en la intención del poeta un significado trascendental. Lo que quiere decir con esas imágenes y con el papel respectivo de esas heroínas, pues no se olvide que la Ilíada canta la *guerra por Helena* y la Odisea la *peregrinación por Penélope*, es esta cosa terrible: que la mujer es la causa de toda guerra.

Efectivamente, esta calamidad, definida por su objeto, no busca otra cosa que la rapiña violenta llamada conquista. La sed de riquezas y de poderío, que el trabajo no alcanza a satisfacer, engendra la guerra. Pero el hombre que guerrea, no quiere riquezas ni poderío sino para la mujer. Los palacios que construye, las joyas y los primores que acumula, las fiestas en que derrocha, los honores que procura, las vanidades que costea, son para la mujer. Toda gran guerra está antecedida por un exceso de lujo y un desbordamiento de lujuria. Por esto parece superficialmente contradictoria con la prosperidad y la paz que revela ese mismo lujo. Es que la insaciable desea y exige siempre más; y como el trabajo no basta al fin para producir

tanto como exige, tiene que hacerlo el robo. Y el robo de pueblo a pueblo es la guerra. Toda pasión es, de suyo, insaciable: la fiera que nos devora por dentro. Así el estado de la mujer en los pueblos que su extravío arrastra al crimen.

Tengo dicho con reiteración que la mujer es quien conserva la patria en el sagrado del hogar virtuoso, y quien le asegura la existencia y la va creando con la fecundidad de sus entrañas; mientras el hombre, solamente la defiende. Y si esto es verdad, basta sacar las consecuencias.

[MARÍA MONVEL: *Fué Así...* Santiago de Chile. Editorial Nascimento. 1922.—Envío de Armando Donoso].

YO MIRÉ LAS HORAS...

Yo miré las horas pasar solamente,
mis manos pequeñas nunca hicieron nada.
Fuí extática y triste, fuí absorta y helada,
pero tuve sueños audaces y ardientes.

No jugué de niña, tu ya lo dijiste.
Mis años de infancia pasaron esquivos,
sin pensar en nada, siempre pensativos
con las manos quietas y el corazón triste.

¡Coge entre las tuyas estas manos mías!
Un soñar eterno las ha vuelto hermosas:
finas, porque nunca fueron hacendosas
y pálidas, porque siempre fueron frías.

Mira en mis pupilas inefables lagos,
tumbas de memorias, cráteres de abismos
donde se han perdido mis romanticismos
sin guardar recuerdo, ni dejar estragos.

Mira en la apariencia frágil de mis ojos
espejos audaces, como roca duros.
En ellos no hay huella de mis sueños puros,
ni hay en ellos huella de mis sueños rojos...

Cristales que nunca trizó piedra alguna
de aquellas que el odio lanzó con su mano,
han, como de niño, su fulgor lejano,
han como de niño, su dulzor de luna...

Yo no fuí al encuentro de ningún destino,
mas cuando el destino pasó por mi lado,
cuanto amor se trajo me lo he reservado.
¡Lo demás, en cambio, se fué como vino!

Nunca en la alta noche me creí perdida.
Mientras era lóbrega, mientras daba espanto
yo no me deshice, como un niño, en llanto
y a la misma muerte le pedí la vida;

Quizás si las penas me hicieron más grave,
quizás si puliéronme, cual claro diamante:
más grande los ojos, más fino el semblante.
Me han vuelto más frágil y también más [suave.

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.
Soy tal como aquella que tu conociste
sin amor: la misma con haber amado!...

A PESAR...

Hay en tus labios un acento puro
de amor y de verdad.
Tal vez como me quieres, nunca nadie
me ha querido jamás:
pero a pesar de todo, aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Hay en tu mano al estrechar la mía
un no sé qué de dulce y de leal,
que es como una caricia y un amparo:
algo de amor con algo de piedad...
pero a pesar de todo aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Tus ojos en mis ojos se han posado
llenos de ensueño y de humildad,
pero los ojos míos no se alegran...
¡están tan habituados a llorar!
y aquí en mi pecho el corazón inquieto
a pesar mío está!

Tu sol no puede florecer mis rosas:
se ha helado mi rosal...
Ya no podrán tus labios sonrosarme
los lirios muertos de la faz.
La vida toda me anegó en acíbar...
Tu amor no me valdrá,
porque a pesar de todo aquí en el pecho
mi corazón inquieto... inquieto está!

VEINTE AÑOS NADA MAS...

Veinte años nada más...
y un alma inquieta y dulce
y un corazón sin par.

Veinte años nada más...
Roja sangre en los labios,
blanca nieve en la faz.

Veinte años nada más...
Carnes de nardo, finas,
ojos verdes de mar.

Veinte años nada más...
¿Y hay quién, muchacha hermosa,
osa te condenar?

¡Bésale bien y más!
¡Los labios bellos tienen
derecho de besar!

COMO QUIEREN LOS NIÑOS BUENOS

Como quieren los niños buenos
yo te querré toda la vida:
humildes los ojos serenos
con humildad desfallecida.

¡Dolor del goce de quererte!
Lloraré más que si sufriera.
Tendré deseos de la muerte
mientras más sienta que te quiera!

Se hará de nardos mi mirada,
y en mis dulces labios de flor
habrá dulzuras tu jornada,
¡dulzuras las del buen amor!

En tus blancas mañanas claras
repicará mi carcajada
como un collar de piedras raras
por hábil mano desgranada.

Yo besaré en silencio triste
tus pobres dedos buenos, míos,
cuando pidas lo que no existe
con infantiles desvaríos.

En tus silencios doloridos
deslizaré como una sombra
para que no haga ningún ruido
la planta leve por la alfombra...

La piedra dura que antes era
se hará de arcilla en tu camino.
¡Siempre seré lo que tu quieras!
Me moriré cuando te mueras,
y habré cumplido mi destino!

NO ENTENDIO

No entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición,
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura
que le abrazó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

¡No me comprendió nunca!
Y así fué como entonces
quedó mi vida trunca...

Cuando busqué sus labios,
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimos
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos!...

ES TENAZ MI ESPERANZA

Es tenaz mi esperanza
como una llamarada,

que no amilana el viento,
que no decrece el agua...
Y es tan pura y tan fuerte
tan azul y tan cándida,
tal como una ancha vía
de estrellas para el alma...
Mi ser entero es una
inaudita esperanza!

....

Mas las angustias fueron
una vez tan amargas,
que por fin extinguieron
la luz de mi esperanza.
Mi vida quedó en sombras...
la noche fué en mi alma.

Viajero solitario,
a mi lado pasabas,
y me alzaste hasta ti
(curiosidad o lástima...)
Me clavaste los ojos,
los miré y allí estaba
¡oh señor, la perdida
y loca llamarada!
Yo me abracé a tu cuello
para ver mi esperanza!

FEMINIDAD

Vuelves a mí de nuevo, el alma [entristecida,
el cuerpo mustio y sin vigor,
la fe perdida y la esperanza muerta
por el viejo refugio de mi amor.

...¡Cómo sabes que todo puede faltarte, [todo:
aquí los hombres, Dios allá,
pero nunca el albergue de mis brazos [abiertos
que siempre te han de perdonar!

Yo sé muy bien que luego, cuando te deje [libre
la garra aguda del dolor,
te irás en busca de otros placeres más [ardientes
que los placeres tristes de mi resignación.

No tengo risa loca en los labios bermejos,
labios torpes, que nunca te supieron besar,
y sé que hallas monótona y triste la cantata
melancólica y tierna de mi felicidad.

Quizás si debería mi orgullo rechazarte...
¡Tanta injuria sufrida! Pero ¡ay! es tal mi [amor,
que crece, crece, crece si tú sufres lo mismo
que si mi ser entero se hiciera corazón.

¡Eres tan mío cuando de un dolor grave [herido
vuelves a mí pidiéndome perdón,
y es tan dulce, tan dulce perdonando al [culpable,
y olvidando la injuria, asemejarse a Dios!

MEDITACION PROFANA

Tiene un perfume raro, artificial, extraño,
el césped en el cual mi cuerpo se reclina,
y de mí se apodera, poco a poco, una dulce
voluptuosidad fuerte y desconocida.
Las puntas de los dedos se me aduermen, [parece
que el aire mismo tiene suavidad de caricias
y por primera vez pienso confusamente
en el amor que habrá de fecundar mi vida...
Me abismo en un placer infinito. ¡Saber
que al morir dejaré lo mejor de mí misma:
un hijo, fuerte como los robles en el bosque,
sabio, como un profeta en épocas antiguas,
y más dulce, más dulce que la misma [dulzura...!

El sueño me embarga más y más, y se [agita
en mi carne el deseo del hijo, que el más [noble
de todos mis ensueños, realizará algún día,
mientras con él deliro y le nombro y le [llamo,
acaricio las puntas de mis senos de niña
que le han de amamantar, dándole vida y
¿Alma también? [alma...
No sé...
Se enturbia mi alegría
al pensar en que todo lo va a heredar sin [duda:
mis ojos, y también mi tristeza infinita,
mi frente pura, pero con sus dudas [horrendas,
mis labios escarlata y su melancolía!
Que he de darle tal vez, con la leche, el [perpetuo
ensoñar, que el espíritu tan cruelmente [aniquila,
mis ansias de ternura y el deseo insaciable
que en la punta rosada de mi lengua palpita!
... Y mi pobre alma hecha de mil [contradicciones:
cándida a veces: otras, un nudo de malicias.
¡Tan abnegada siempre! Perversa sin [embargo...
¡Alma en que lo más bueno y lo más malo, [anida!
Lloro desconsolada sobre la verde alfombra,
mientras tanto mis labios temblorosos [suplican:
¡Haced, Señor, que sean mis entrañas [estériles!
¡Señor, nunca prolongues mi vida en otra [vida!

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

El Congreso de Escuelas Preparatorias

(Véase el número anterior)

Hace algunos días, en el General de la Escuela Preparatoria, celebró sus sesiones el primer Congreso de Escuelas Preparatorias de la República. Su reunión fué convocada por el licenciado Vicente Lombardo Toledano, director actual de la escuela primeramente citada.

Las resoluciones que publicamos en seguida serán el mejor comentario sobre la labor de diez días de los señores delegados a la primera reunión en que se discutieron los problemas de la enseñanza preparatoria. Queremos, sin embargo, antes de reproducir esas resoluciones, hacer un ligerísimo comentario sobre aquellos puntos que nos parecen más importantes.

Existen en cada una de las capitales de los Estados de la República, casi, institutos de enseñanza que con un nombre o con otro tienen por objeto ampliar la educación primaria y preparar culturalmente a aquellos estudiantes que pretenden los más altos grados universitarios. Pues bien, con pequeñas excepciones, cada escuela tenía no sólo orientaciones distintas, sino también programas, métodos, planes de estudio diversos. Existía una situación caótica en la enseñanza preparatoria. El defecto ha sido demasiado visible para que dejara uno de extrañarse del olvido de las autoridades escolares sobre punto tan importante. Resultaban de ahí graves consecuencias para la educación pública, y de manera especial para los estudiantes quienes en el momento, por ejemplo, de revalidar en cierta escuela, estudios hechos en otra, encontraban muchas dificultades, que en no pocos casos admitían como única solución comenzar de nueva cuenta estudios que se tenían terminados conforme a cierto plan. El antiguo Colegio de San Ildefonso, centro de las mayores inquietudes, cambiaba con tanta frecuencia sus programas, métodos y planes de estudios, que las escuelas provincianas similares no podían seguirlos ni de lejos.

No sólo existía esa dificultad, lo suficientemente grave para que se hubiera puesto remedio más temprano, sino que la opinión filosófica, base siempre de cualquier plan de enseñanza, era diversa. Muchas escuelas preparatorias, tal vez aún sin darse cuenta sus directores, seguían todavía las ideas educativas del positivismo.

Resultaba que muchos estudiantes, particularmente los provincianos, al llegar a las escuelas de la capital, sentían una gran desorientación al ver discutidas y desechadas ideas que ellos consideraban como verdades fundamentales. Respecto de esta situación existían los inconvenientes que tiene toda constitución que no revisa de tiempo en tiempo las bases sobre que está asentada. Las escuelas preparatorias, en su gran mayoría, vivían de las ideas de Barreda, demasiado sospechosas ya en otros planteles. La marcha de las escuelas preparatorias, en suma, era diversa una de otra, y, además, completamente rutinaria. El Congreso ha significado, desde luego, un magnífico antecedente que provocará, lo esperamos, otras reuniones de catedráticos de todos los centros educativos del país, y más que nada, una ocasión para pensar acerca de problemas que parecían no existir sólo porque se les había olvidado.

Hay algo que también tiene interés: la declaración que hizo el Congreso en el sentido de no considerar bastante capacitado para ser catedrático de escuela preparatoria al individuo que no tenga un grado superior al de profesor normal o bachiller. En la Escuela Preparatoria de México hemos tenido algún tiempo una demostración de la insuficiencia de los profesores normales para servir cátedras en escuelas preparatorias. Individuos que tienen el más grave defecto que puede tener un profesor actual: la falta de especialización; individuos que no tienen más bagaje cultural que muchos años perdidos estudiando cómo deben enseñarse las ciencias, pero sin saber las ciencias mismas; individuos, en fin, que no tienen más antecedente en su reputación que los muchos años de servicio (y qué servicio), no pueden de modo alguno ocupar cátedras de escuelas preparatorias, las de mayor importancia. Urgía, pues, una declaración y lo más enérgica posible. Afortunadamente el primer Congreso la ha hecho y en términos bien claros.

Es verdad que el Congreso, al lado de esa declaración acertada, ha hecho la de que el medio más eficaz para proveer los puestos de profesores de escuelas preparatorias es el de la oposición, lo que nos parece un error.

Es dudoso, pero en fin, posible, que en la ciudad de México, en donde por razón simplemente histórica y que el tiempo ha convertido en razón *natural*, hay los mejores y los más numerosos elementos de cultura, el método de oposiciones pueda dar buenos resultados; pero en la provincia, donde por tradición más que nada se desempeñan las cátedras, el método de oposiciones es, si no funesto por lo menos nulo. Desde luego el Congreso de preparatorias no formuló un reglamento de oposiciones; pero si lo hubiera formulado, es seguro que hubiese existido una cláusula según la cual determinado número de años de servicio haría innecesaria la oposición. La única esperanza serían los estudiantes provincianos que vienen a hacer sus estudios profesionales a escuelas capitalinas y que una vez terminados regresan a la provincia a ejercer la profesión. Estos serían los únicos elementos jóvenes de renovación que pudieran, merced al régimen de oposiciones, sustituir al profesorado tradicional de la provincia. Sería la menos mala de las soluciones, pero no la mejor ciertamente, porque esos jóvenes son profesionistas, pero no maestros, es decir, no tienen cultura seria ni dedicación.

Hay dos cosas interesantes aun que ofrecen las resoluciones del Congreso: la enseñanza manual francamente establecida y el nuevo plan de estudios que se piensa hacer general. Hasta hoy la enseñanza de algún oficio no estaba establecida en los programas de estudio de manera franca y seria. Se limitaba y eso como una transacción forzada con la necesidad de *practicismo* de la educación en boga, a la enseñanza de calado en madera y, alguna vez, a un ensayo de escultura antiestética en barro; pero el oficio, la carpintería, la herrería no estaba establecido. En el plan que se adoptará en lo sucesivo, el estudiante aprenderá un oficio cada año. Esto nos parece de mucha significación, y aun cuando el Congreso no lo declara de un modo explícito, significa en realidad uno de los medios de lograr el fin que forzosamente debe tener la educación de los jóvenes de la ciudad: ofrecerles el mayor número de posibilidades de trabajo, de vida.

Por último, entre la vieja disputa sobre si la enseñanza de humanidades o la de ciencias debe predominar, el nuevo plan se pronuncia por un término medio y bastante original: el punto de transacción, digamos así, es la enseñanza científica de la biología, predominante sobre la de otras ciencias y en igualdad a la de humanidades. Esto nos parece un acierto: enseñanza científica, muy bien; enseñanza de humanidades, muy bien; pero también la de biología que, siendo una ciencia, da, sin embargo, elementos para una opinión sobre la vida, fin de toda enseñanza.—*D. C. V.*

PLAN DE ESTUDIOS PARA LAS ESCUELAS PREPARATORIAS APROBADO POR EL PRIMER CONGRESO DE ESCUELAS PREPARATORIAS DE LA REPUBLICA.

Primer Año	Horas semanarias
1.—Aritmética, Algebra y Dibujo Geométrico	6
2.—Primer Curso de Lengua Castellana	5
3.—Primer Curso de Lengua Inglesa	5
4.—Primer Año de Dibujo	3
5.—Una pequeña industria en el primero o segundo semestre	3
6.—Orfeón	2
7.—Cultura Física	6
8.—Aprendizaje de un oficio	
Total	30

Segundo Año	
1.—Geometría Plana y del Espacio y Trigonometría Rectilínea y Esférica	6
2.—Segundo Curso de Lengua Castellana	5
3.—Segundo Curso de Lengua Inglesa	5
4.—Primer Curso de Lengua Francesa	5
5.—Segundo Año de Dibujo	3
6.—Orfeón	2
7.—Cultura Física	6
8.—Aprendizaje de un oficio	
Total	32

Tercer Año	
1.—Elementos de Geometría Analítica y Cálculo Trascendente	3
2.—Etimología Greco-Latino-Castellana	3
3.—Segundo Curso de Lengua Francesa	5
4.—Tercer Año de Dibujo	4
5.—Geografía General y Descriptiva del Viejo Continente	3
6.—Cosmografía	2
7.—Física precedida de Nociones de Mecánica y Academias de Física	6
8.—Orfeón	1
9.—Cultura Física	6
10.—Aprendizaje de un oficio	
Total	30

Nota.—Para alumnos que sigan la carrera de Ingenieros, Arquitectos, o Licenciados en Ciencias Sociales es obligatorio en este año el estudio de Contabilidad en dos horas semanarias.

Cuarto Año	
1.—Literatura Castellana e Hispanoamericana	3
2.—Historia del Arte	2
3.—Geografía Americana y Patria	3
4.—Primer Curso de Historia General (Antigua y Media)	3
5.—Química General y Academias de Química	6
6.—Botánica y Zoología	6
7.—Nociones de Mineralogía, Geología y Paleontología	3
8.—Orfeón	1
9.—Cultura Física	6
10.—Aprendizaje de un oficio	
Total	33

Nota.—Para alumnos que sigan la carrera de Ingenieros, Arquitectos, o Licenciados en Ciencias Sociales, es obligatorio en este Año el estudio del Segundo Curso de Algebra y Geometría Descriptiva, en 2 horas semanarias, para cada materia.

Quinto Año

	Horas semanarias
1.—Literatura General	3
2.—Segundo Curso de Historia General (Moderna y Contemporánea)	3
3.—Historia Americana y Patria	3
4.—Biología General	6
5.—Lógica	3
6.—Psicología	3
7.—Etica	2
8.—Sociología y Economía Política	3
9.—Nociones de Derecho Público y de Organización Municipal	2
10.—Conferencias sobre Historia de las Doctrinas Filosóficas	2
11.—Orfeón	1
12.—Cultura Física	6
13.—Aprendizaje de un oficio	
Total	37

Nota.—Para alumnos que sigan las carreras de Ingenieros, Arquitectos, o Licenciados en Ciencias Sociales, es obligatorio en este Año el estudio de un curso de Academias de Matemáticas, en 3 horas semanarias. Para los alumnos que sigan la de Licenciados en Derecho, obliga un curso de Latín en vez de Sociología y Economía Política. Los alumnos que pretendan ingresar á las Escuelas Universitarias o Profesionales de Medicina (Alópatas y Homeópatas), Dental, de Ciencias Químicas, deberán cursar los cinco años de estudios que establece este Plan. Todos los alumnos de la Escuela Preparatoria recibirán conferencias periódicas sobre Higiene.

José Torres
Conrado Menéndez Mena
Vicente Lombardo Toledano

¿CUAL SISTEMA DEBE SEGUIRSE PARA AQUILATAR EL APROVECHAMIENTO DE LOS ALUMNOS?

Los que suscriben, designados por el H. Congreso de Escuelas Preparatorias, para dictaminar el V Tema de la Convocatoria hecha por la Escuela Nacional Preparatoria, tema cuyo título es el que encabeza estas líneas,

Considerando 1º—Que los sistemas usuales para aquilatar el aprovechamiento de los alumnos son: a) La prueba de clase. b) El reconocimiento y c) El examen;

Considerando 2º—Que cualquiera de estos procedimientos, aislado, no basta, como lo demuestra la experiencia, para probar totalmente la capacidad y el aprovechamiento de los alumnos;

Considerando 3º—Que unos y otros se completan, en unos casos, y se comprueban en todos,

Tienen a honra someter a la consideración del H. Congreso citado, las siguientes resoluciones:

I.—Para aquilatar el aprovechamiento de los alumnos en las Escuelas Preparatorias, debe usarse el sistema mixto de reconocimientos y exámenes.

II.—Que el reconocimiento debe ser periódico, por lo menos trimestralmente.

III.—El examen debe reservarse para las disciplinas intelectuales y no considerarse como prueba única. La calificación debe corresponder al promedio de los reconocimientos, promediado a su vez con la calificación obtenida en el examen; basado esto en el juicio general que el profesor tenga del alumno.

IV.—Ninguna prueba debe consistir en la repetición neumónica exclusivamente, sino que debe inquirir de preferencia el desarrollo de las facultades del alumno, utilizando la prueba escrita, oral o práctica, según la índole de la materia de que se trate.

Fulgencio Vargas
M. Suárez

EL PRIMER CONGRESO DE ESCUELAS PREPARATORIAS,

Considerando que la investigación científica y la reflexión constante, libre, amplia y generosa sobre la vida, labores cuyo logro debe proponerse preferentemente la Escuela Preparatoria, no podrán lograrse cabalmente en esta institución si se sigue considerando que sólo toca cumplirlas a sus profesores;

Considerando que hasta hoy los alumnos de la Escuela Preparatoria sólo han dedicado sus esfuerzos fuera de las cátedras a sostener sociedades estudiantiles recreativas y políticas que obtienen resultados mediocres en la prosecución de los altos fines ya indicados, y que esta labor es vista generalmente con indiferencia cuando no con hostilidad por las autoridades escolares y por los profesores de la Escuela;

Considerando que sólo mediante la cooperación afectuosa y entusiasta de profesores y alumnos, la Escuela Preparatoria podrá renovar el ambiente comunmente aletargado de sus cátedras y aprovechar la riqueza inapreciable que representa el desinterés y la fecunda actividad estudiantiles;

DECLARA:

Que es urgente fomentar el establecimiento de sociedades estudiantiles de investigación científica y de las que se propongan la cultura y la orientación social de los alumnos de la Escuela Preparatoria, en las que deberán colaborar éstos con sus profesores para ayudar a la Escuela en su obra de educación integral que tiene encomendada y en su obligación igualmente importante de contribuir al desarrollo de las ciencias y de los conocimientos humanos.

V. Lombardo Toledano

EL CONGRESO DE ESCUELAS PREPARATORIAS,

Considerando: 1º—Que la experiencia pedagógica de muchos años ha demostrado el inconveniente de sujetar el aprendizaje de una materia cualquiera al contenido de un texto, como de desterrar de la enseñanza el contacto con los libros; en el primer caso no se cultivan las facultades superiores del alumno sino sólo la memoria automática, coartando al mismo tiempo la libertad de discurrir, y en el segundo caso los estudiantes llegan en absoluto a perder la costumbre de leer y de consultar libros, y por consecuencia de ampliar su cultura en su vida ulterior,

Considerando: 2º—Que si nuestra Patria cuenta con una literatura propia y que sus artes y sus letras muestran su adelanto por una producción de obras originales: las ciencias y la Filosofía en cambio, sin originalidad que revele suficientemente su existencia, muestran una producción excesivamente limitada,

Considerando: 3º—Que la investigación original debe fomentarse en todas las ramas del conocimiento para que nuestro exponente de cultura alcance un alto grado,

DECLARA:

1º—Que los profesores no deben limitar su enseñanza exclusivamente al contenido de un texto y que en cambio deben tener a sus alumnos en contacto constante con las obras clásicas en que se encuentran originalmente desarrolladas las doctrinas que enseñan, utilizando los textos únicamente para que sirvan de orientación a los alumnos y para la preparación de las pruebas a que ellos deben ser sujetos.

2º—Que debe excitarse a los profesores a que ellos mismos, ayudados si es posible por los alumnos, escriban los textos que deben servir como norma de orientación, señalando al mismo tiempo en sus lecciones y en los libros, la bibliografía indispensable y accesible que pueda servir más tarde al alumno para ampliar los conocimientos adquiridos.

3º—Que las Escuelas Preparatorias deben ayudar moral y materialmente a los profesores para alentar la producción haciendo al mismo tiempo que aquellos señalen a los alumnos investigaciones o tareas originales cuyos resultados deberán publicarse para estímulo y aliento de la producción.

Juan J. Rodríguez
José Torres

(De la *Revista de Ciencias Sociales*, México, D. F.)

Urbanismo

POR EL DR. F. CARRERA JUSTIZ
Profesor Titular de Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales de Cuba

(*Concluye*. (Véase el número 16 del tomo en curso).

EL URBANISMO CONTEMPORANEO EN ALEMANIA.

EN Alemania, país dominantemente agrícola hasta principios del siglo XIX, sus ciudades que, por entonces, rara vez pasaban de 25,000 habitantes, no tuvieron serios problemas de urbanización, sino cuando, después de su guerra triunfante contra Francia, en 1870, se inició en ellas un vigoroso movimiento industrial que, a través sólo de dos décadas, trajo a los centros urbanos más de la mitad de los sesenta y cinco millones, próximamente, de habitantes, que antes, en su mayoría, eran campesinos alemanes. Y entonces, bajo la presión de ese rápido crecimiento, enfrentado el pueblo germano con los tremendos problemas de la vida pública moderna, llena de complejidades técnicas, exhibió ante el mundo, como brillante iniciativa, la gobernación municipal científica, con éxitos maravillosos, que han hecho de sus ciudades modelos dignos de imitar por el alto concepto de sus gobernantes y por la obra admirable que realizan. En efecto, impulsan la vida municipal alemana de cada ciudad los más sabios y los más virtuosos, cooperando siempre a fines de interés general y reconociendo, sobre todo, lo indispensable de una operatoria científica en el gobierno de las localidades.

La necesidad de una organización docente a tales fines, se produjo en la conciencia nacional alemana antes que en ningún otro país del mundo. Ya Goethe, desde el año 1832, y Suckemberg, algo después, habían recomendado la idea de la Universidad municipal, exclusivamente para preparar funcionarios competentes en el gobierno de la ciudad. En respeto a este precedente, la Universidad municipal de Frankfort del Mein, inaugurada en octubre de 1914—cuando estaba ya comenzada esta última guerra universal—se denomina oficialmente «Goethiana-suckembergiana». Desde el año 1911, en Dusseldorf existe una famosa Universidad exclusivamente para enseñar todas las ramas de la gobernación municipal. Y la Universidad de Berlín tiene una nutrida Facultad de Enseñanzas Urbanas — «Seminar fur Stadtebau»—o sea, para estudiar el desenvolvimiento en general de las ciudades. Podrían referirse otras muchas organizaciones análogas en Alemania, especialmente en Colonia.

Todo eso explica que el alcalde teutón — burgomaestre — a más de ser siempre una alta personalidad social y moral, es un técnico profesional en la ardua misión pública que se le encomienda, y se pueden citar muchos casos de burgomaestres eminentes, tales como el Dr. Adickes, de Frankfort; Herr Zeller y Martín Kirshner, de Berlín; Wagner de Ulm; el Dr. George I. Bender, de Breslau; el Dr. Wilhelm Marx, de Dusseldorf; Carl Lueger, de Viena, etc.

El cuerpo de magistrados que auxilia al burgomaestre alemán en sus funciones ejecutivas, contiene siempre un número de técnicos especialistas, que dirigen los respectivos Departamentos de la Administración Municipal, constituyendo, al mismo tiempo, una verdadera Cámara Alta o Senado de la ciudad, con facultad de veto sobre los acuerdos de Concejo Municipal electivo. Y éste, a su vez, se nutre de lo más selecto en las manifestaciones de la capacidad, de la riqueza y del trabajo, siendo obligatorios esos cargos y al mismo tiempo ansiados como un alto honor. No hay en ninguna ciudad alemana persona eminente—en ciencias, en artes, en negocios, en invenciones, en prestigio social, etc. —que no forme parte del Concejo Municipal. El famoso doctor Virchow, universalmente conocido, fué mucho tiempo concejal. Y concurren gratuita y obligatoriamente, de varios modos, a esa obra de excelente gobierno, llamados por su competencia o por su carácter, los «Adjuntos», que en Berlín han llegado en un tiempo a ser diez mil personas[1] y otra vez hubo diez y siete mil[2] adjuntos. Se consigue así que todos los ciudadanos tomen parte en la vida municipal y que les afecten, en un doble sentido, sus éxitos y sus responsabilidades.

En la invitación cursada a fines del año 1912, por la Comisión Organizadora del Congreso Internacional de Gante, sobre progreso cívico, celebrado en Julio de 1913, se reconoce que los primeros impulsos del movimiento moderno en la Ciencia del Urbanismo, tuvieron su primera alta expresión en Alemania, con la Exposición General sobre las ciudades, celebrada el año 1903, en Dresde; otra el año 1910, en Berlín, donde concurrieron notabilidades del mundo en esta especialidad, tales como el Dr. Stubben, Otto March, F. R. Krause, H. Hamsen, Gotheimer y los profesores Goecke y Eberstad; así como la celebrada en 1912, en Dusseldorf, para discutir y resolver sobre el engrandecimiento de esa ciudad en el medio siglo próximo venidero.

(1) «City Goverment», por el Profesor John R. Commons. Pág. 32. Universidad del Estado de New York. Sillabus 73.
(2) Conferencia del señor Segismundo Moret y Prendergast en la «Asociación de la Prensa». Madrid. 2 de diciembre de 1907.

Frank Koester dice que la primera manifestación del Urbanismo científico moderno surgió en 1874, con los trabajos de la Sociedad Unida de Ingenieros y Arquitectos alemanes.[1]

Para dar una idea de la altura de pensamiento y del profundo sentido científico con que se tratan los asuntos municipales en Alemania, es oportuno recordar como se ha verificado el engrandecimiento de la ciudad de Stuttgart, capital de Wurtemberg. Primeramente, una comisión de técnicos, compuesta de ingenieros, arquitectos, juristas, sanitarios, artistas, etc., especialmente designada por el gobierno local, dedicó algo más de cinco años al estudio de un proyecto para extender y embellecer la ciudad, y esa obra, donde no se tenían en cuenta más que los intereses generales a través de las generaciones futuras, fué sometida al burgomaestre de la ciudad, para su primer examen técnico, porque se trataba también de un experto municipalista, el cual escribió sus opiniones, como una introducción del proyecto. Entonces se acordó solicitar la consulta de dos autoridades científicas en la materia, el sabio profesor Reinhard Baumeister y Teóphil Frey, famoso arquitecto. Estos hicieron su trabajo mediante una crítica científica, de que se dió traslado a la comisión originaria, la cual expuso razonadamente su contra-réplica. Fué sometido, después, el asunto al Dr. Rettich, notable publicista y profesor, para que emitiese su opinión bajo el punto de vista económico-social, que así lo hizo, siguiendo la consiguiente réplica de los autores del proyecto. Más tarde fué pedida consulta a dos famosos sanitarios, el Dr. Knauss y el profesor Nussbaum de Hanover. El Dr. Erck, de Munich, hizo un informe que caía dentro de su especialidad, sobre las corrientes que predominan en el valle de Stuttgart, los cálculos de temperatura, las proyecciones del sol y otros factores que debían tenerse en cuenta para la salud pública. Y por último, el punto de vista estético se consultó a otra comisión especial de artistas.[2]

Casos análogos podrían citarse en otras muchas ciudades alemanas, como Berlín, Colonia, Frankfort, Dusseldorf, Munich,—que tiene discurridos

(1) «Modern City Planning and Maintenance». Mc Bride Nast Co. New York. 1914.
(2) «The German Way of Making Better Cities». Silvester Baxter. New York.

ensanches estableciendo dieziocho centros cívicos, sea, otras tantas ciudades y se le juzga la capital más exquisita del mundo, teniendo una maravilla arquitectónica como palacio municipal.

El hecho de que en Alemania preponderase tanto el factor estético, en los problemas urbanos, no ha impedido que allí, el rápido ensanche de las ciudades condujera, como en todas partes, a tremendas especulaciones. En efecto, cerca de Berlín existen sobre 40 aldeanos millonarios, porque siendo propietarios de modestas granjas de campo, sobre ellas avanzó la poderosa civilización de la capital de Alemania, convirtiendo su tierra en oro. Ese enorme incremento de valor social no trabajado por el terrateniente, dió base a que, en 1898, cuando Alemania estableció en China su colonia de Kiao-Chau, el gobierno se aprovechara de una parte de los beneficios implícitos en el mayor valor de la tierra, con la fundación y crecimiento de la nueva ciudad, creando un impuesto que se cobra cada vez que una propiedad es vendida, y sube, en proporción, hasta un 25 por 100 del aumento del valor en venta, con relación al precio de la venta última. Este impuesto sobre el valor social, lo establecieron después las ciudades de Sajonia, el año 1902, y pronto se extendió a 652 ciudades alemanas, inclusive Berlín; hasta que en Febrero de 1911, una Ley del Reichstadt lo estableció como impuesto nacional, para el gobierno del imperio, dejando a las ciudades percibir tan sólo una proporción del mismo. En los centror urbanos de rápido crecimiento y especialmente en las grandes ciudades, ese impuesto produce inmensos ingresos; pero son más grandes todavía las razones económicas y sociales que existen para que la comunidad concurra, en una justa proporción, a participar del provecho por ella ofrecido a determinados individuos, que no hicieron, para merecerlo, ningún trabajo especial La aplicación de esos principios científicos, a la gobernación de las ciudades alemanas, permitió a éstas obtener legalmente muchos millones de pesos, aplicados, luego, al provecho general de los habitantes.

A pesar de la crisis tremenda producida por la última guerra, como ésta no produjo invasión del territorio alemán, quedaron intactas las ciudades y vigente su organización y su espíritu colectivo de progreso. La honda perturbación de sus industrias, necesariamente imprime cierta lentitud en el desarrollo cívico presente, pero el alto refinamiento de la vida pública local, sigue siendo una característica teutónica.

Compréndese así, que entre germanos surgieran los primeros maestros de la nueva ciencia de las ciudades, tales como el profesor Reinhard Baumeister, de Karlsruhe; el Dr. Joseph Stubben, T. Goecke, el insigne Camille Sitte, de Viena; Theodor Hischer, Henrici, Gurlitt y muchos más. Baumeister es, sin duda, el primero que escribió científicamente en la época contemporánea sobre el desenvolvimiento de las ciudades, siendo su libro sobre urbanización, publicado en 1876, el tratado más completo hasta entonces conocido, una obra maestra que dió base a trabajos de engrandecimiento de muchas ciudades europeas[1]. El Dr. Stubben ha sido creador de planes grandiosos, no sólo en Alemania, sino que también fué llamado, entre otros casos, a estudiar el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Gante, en Bélgica. Camille Sitte, en su admirable libro «Derstadtebau», publicado en 1889, fué el definidor de los principios estéticos en la construcción de las ciudades modernas, iniciando una nueva era en ese orden de la actividad humana.

En general, la estética cívica, ha sido una preocupación dominante en el proceso científico municipal de Alemania. El profesor Gurlitt, ponderando el respeto a los monumentos antiguos, afirma que, cualquier cosa nueva, puede hacerse en pocos días, pero que se requieren cientos de años para producir algo viejo, y aunque el pueblo, durante siglos, tenga el buen sentido de respetar las estructuras antiguas, en cambio, para destruirlas, basta la necedad de un momento. Theodor Fischer, criticando la tendencia moderna de aislar las viejas catedrales que no tenían grandes plazas a su frente, dice que basta con que se vea la torre y brille sobre las casas un poco de la cúpula, porque, así, la iglesia, con sus cimientos invisibles, recuerda la Eterna Providencia, cuyas bases nadie ha podido conocerlas.

Pero el genio máximo de la concepción estética germana sobre las ciudades, fué Camille Sitte, y aunque a su obra monumental se le ha criticado por alguien, como extremadamente clásica, sus principios sentaron época y revolucionaron en Alemania y en otros muchos países, las ideas predominantes que él con tanta elevación de sentimiento combatía.

Sitte es un adorador del arte antiguo y de las ciudades medio-evales, saturadas de unción y de poesía. Hace una amarga crítica de la simetría vulgar, que suprime las desigualdades del terreno, de los caminos existentes, de los cursos de agua, etc. en la moderna extensión de la ciudad y alega que la geometría gruesa, la escuadra y el compás, son incompatibles con las delicadezas del arte. Dice que los planos modernos, son sólo un sistema de cuadros o de calles radiales, y que toda obra de esa clase, es técnica, pero no es obra de arte. Truena contra el engrandecimiento geométrico con cubos de casas, de que juzga nota avanzada algunas ciudades norteamericanas, y califica duramente lo que llama el «genius loci» del nuevo mundo. El sugirió el nuevo sistema de avenidas circulares y calles sinuosas, que es ya orientación universalizada.

Considera que las alamedas rectas con líneas interminables de árboles a derecha e izquierda, ofrecen el más completo divorcio de la gran naturaleza, que en sus creaciones espontáneas, jamás nos muestra árboles alineados, sino bosques frondosos de soberano desorden aparente, pero con un grandioso conjunto de belleza. Llama la atención sobre que los monumentos artísticos no deben estar nunca en medio de las plazas, sino en sus costados, por exigencias claras de sentido estético. La estatua gigantesca de David, hecha en mármol, por Miguel Angel, que la emplazó en una esquina del Palacio Viejo de Florencia, fué trasladada a una inmensa sala del Museo de la Academia, bajo una gran cúpula de cristal, sirviendo de modelo para historiadores y críticos. Pero se necesita ahora—dice Sitte—una preparación especial del espíritu, para resistir las influencias mórbidas de esa prisión del arte que llaman museo y para poder gozar de la obra imponente, achicada, así, en sus proporciones, que en cambio resultaban grandiosas cuando podía destacar sus formas tras un respaldo artísticamente discurrido por su gentil autor. Los egipcios ponían sus obeliscos y sus estatuas siempre al costado de sus templos, y lo mismo se observa en el emplazamiento de las más soberbias iglesias medioevales. Vitrubio, tratando del «forum» romano, dice que allí los monumentos se ponían siempre en los costados, pero nunca en medio de las plazas, que estaban reservadas a la circulación. Y lo mismo en la «agora» griega.

Recomendando Camille Sitte el noble ejemplo del arte clásico, dice que las antiguas ciudades italianas y helénicas, tienen un don del cielo, porque están hechas a imagen de la bella naturaleza, aumentando con esto su influencia dulce e irresistible, sobre el alma de los hombres. «Quien desee convencerse de esta verdad — dice Sitte—que pase por las ruinas de Pompeya, y dirigiendo sus pasos a través del foro desnudo, subirá por una escalinata monumental, hacia la terraza del templo de Júpiter. Allí, dominando la plaza entera, sentirá que suben fluidos de armonía, como los sones puros y plenos de una música sublime. Bajo

(1) Stad Erweiternungen. Carlsruhe.

esta impresión, se comprende bien a Aristóteles, cuando, para sintetizar los principios sobre las construcciones urbanas, dijo que, «una ciudad debe ser establecida de manera que ofrezca a sus habitantes seguridad y felicidad.»[1]

(Revista Municipal, Habana.)

Silvina y Montt

POR HORACIO QUIROGA

El error de Montt consistió en figurarse que, por haber tenido en las rodillas a una bella criatura de ocho años, podía, al encontrarla dos lustros después, perder en honor de ella uno solo de sus cuarenta años.

Cuarenta años bien cumplidos. Con un cuerpo joven y vigoroso, pero el cabello raleado y la piel curtida por el sol del norte. Ella, en cambio, la pequeña Silvina que por diván había preferido las rodillas de su gran amigo Montt, tenía ahora diez y ocho años. Y Montt, después de una vida pasada sin verla, se hallaba ante ella en su casa, en la misma suntuosa sala que le era familiar y que le recordaba su juventud.

Lejos, en la eternidad todo aquello... De nuevo la sala conocidísima. Pero ahora estaba cortado por sus muchos años de campo y traje rural, oprimiendo apenas con su mano endurecida de callos aquellas dos francas y bellísimas manos que se tendían a él.

—¿Cómo la encuentra, Montt?—le preguntaba la madre —¿sospecharía volver a ver así a su amiguita?

—¡Por Dios, mamá! No estoy tan cambiada—se rió Silvina. Y volviéndose a Montt:

—¿Verdad?

Montt sonrió a su vez, negando con la cabeza. "Atrozmente cambiada.... para mí", se dijo, sintiendo sobre el brazo del sofa su mano quebrada y con altas venas, que ya no podía más extender del todo por el abuso de las herramientas.

Y mientras hablaba con aquella hermosa criatura, cuyas piernas, bajo un vestido muy corto, mareaban al hombre que volvía del desierto, Montt evocó las incesantes matinés y noches de fiesta en aquella misma casa, cuando Silvina evolucionaba en el "buffet" para subir con un marrón glacé a las rodillas de Montt, que comía lentamente sin dejarle.

Nunca, sin duda, fuera un hombre objeto de tal predilección de parte de una criatura. Si en la casa era bien sabido, que a la par de las hermanas mayores, Montt distinguía a la pequeña Silvina, para ésta, en cambio, de todos los fracs circunstantes no había sino las solapas del de Montt. De modo que cuando Montt no bailaba, se hallaba con seguridad ocupado con Silvina.

—¡Pero Montt! — deteníanse sus amigas al pasar:—¿No le da vergüenza abandonarnos así por Silvina? ¿Qué va a ser de usted cuando ella sea grande?

—Lo que seré más tarde lo ignoro —respondía tranquilo Montt.—Pero por ahora somos muy felices.

"El amigo de Silvina": tal era el nombre que en la casa merecía habitualmente Montt. La madre, aparte del real afecto que sentía por él, hallábase halagada de que un muchacho de las dotes intelectuales de Montt se entretuviera con su hija menor, que en resumidas cuentas tenía apenas ocho años. Y Montt, por su lado, se sentía ganado por el afecto de la criatura que alzaba a él sin pestañar sus inmensos ojos verdes.

Su amistad fué muy breve, sin embargo, pues Montt sólo estaba de paso en aquella ciudad del noroeste, que le servía de estación entre Buenos Aires y una propiedad en país salvaje que iba a trabajar.

—Cada vez que pase para Buenos Aires, Montt—decíale la madre conmovida—no deje de venir a vernos. Ya sabe que en esta casa lo queremos como a un amigo de muchos años, y tendremos una verdadera alegría de volverlo a ver. Y por lo menos—agregó riendo—venga por Silvina.

Montt, pues, cansado de una vida urbana para la cual no había sido hecho, había trabajado nueve o diez años con un amor y fidelidad tales a su rudo quehacer, que al cabo de ese tiempo del muchacho de antes no quedaba sino un hombre de gesto grave, negligente de ropa y la frente quebrada por largos pliegues.

Ese era Montt. Y allá había vuelto, robado por el hermano en el mismo tren que lo llevaba a Buenos Aires.

Silvina... ¡Sí, se acordaba de ella! Pero lo que el muchacho de treinta años vió como bellísima promesa era ahora una divina criatura de diez y ocho años—o de ocho siempre, si bien se mira,—para el hombre quemado de aspecto rural, que ya había traspasado los cuarenta.

—Sabemos que pasó por aquí dos o tres veces—reprochábale la madre—sin que se haya acordado de nosotros. Ha sido muy ingrato, Montt, conociendo lo que lo queremos.

—Es cierto—respondía Montt,—y no me lo perdono... Pero estaba tan ocupado...

—Una vez lo vimos en Buenos Aires—dijo Silvina,—y usted también nos vió. Iba muy bien acompañado.

Montt recordó entonces que había saludado un día a la madre y a Silvina en momentos en que cruzaba la calle con su novia.

—En efecto—repuso—no iba solo...

—¿Su novia, Montt?—inquirió afectuosa la madre.

—Sí, señora.

Pasó un momento.

—¿Se casó?—le preguntó Silvina, mirándolo.

—No—repuso Montt brevemente; y los pliegues de su frente se acentuaron un largo instante.

Mas las horas pasaban y Montt sentía que del fondo del jardín, de toda la casa, remontaba hasta su alma, hasta su misma frente quebrantada por las fatigas, un hálito de primavera. ¿Podría un hombre que había vivido lo que él volver por una sola noche a ser el mismo para aquella adorable criatura de medias caladas que lo observaba con imperturbable interés?

—¿Helados, Montt? ¿No se atreve? —insistía la madre.—¿Nada? Entonces una copita de licor. ¡Silvina! Incomódate por favor.

Antes de que Montt pudiera rehusar, Silvina salía. Y luego:

—¿Tampoco, Montt? Es que usted no sabe una cosa: Silvina es quien lo ha hecho. ¿Se atreve a negarse ahora?

—Aun así...—sonrió Montt, con una sonrisa cuyo frío él solo sintió en su alma.

«Aunque sea una broma... es demasiado doloroso para mí todo esto...», pensó.

Pero no se reían de él. Y la primavera tornó a embriagarlo con sus efluvios cuando la madre se volvió al amigo:

—Lo que es una lástima, Montt, es que haya perdido tanto tiempo en el campo. No ha hecho fortuna, nos dijo, ¿verdad? Y haber trabajado, como usted lo ha hecho, en vano...

Pero Silvina, que desde largo rato atrás estaba muda:

—¿Cómo dices eso, mamá?—exclamó con las mejillas coloreadas y la voz jadeante.—¿Qué importa que Montt haya o no ganado dinero? ¿Qué necesidad tiene Montt de tener éxito en el campo? El verdadero trabajo de Montt es otro, por suerte... ¡No ha dejado nunca de ganar lo que él debe!... Y yo me honro sobremanera de ser la

---

(1) «L'Art de Batir les Villes», por Camille Sitte. Traducción francesa por Camille Martin. Pág. 10. Ginebra. Edición Atar. 1918.

amiga de un hombre de su valor intelectual..., ¡del amigo a quien aprecio más entre todos!

—¡Pero, mi hija! ¡No lo quiero comer a tu gran amigo! ¡Dios me libre! ¿Acaso no sé como tú lo que vale Montt? ¿A qué sales con esto? Quería decir solamente que era una lástima que no hubiera seguido viviendo en Buenos Aires...

—¿Y para qué? ¿Acaso su obra no es mucho más fuerte por esto mismo?

Y volviéndose a Montt, tranquila, aunque encendida siempre:

—¡Perdóneme, Montt! No sabe lo que he rabiado con los muchachos cada vez que decían que usted había hecho mal yéndose a trabajar como un peón al campo... ¡Porque ninguno de ellos es capaz de hacer lo mismo! ¡Y aunque llegaran a ir... no serían sino peones!

Mas la madre:

—No tanto, Silvina!... —Y a Montt: —Usted no se imagina, Montt, lo que nos hace pasar esta criatura con su cabeza loca. Cuando quiere algo, tarde o temprano se sale con la suya...

Montt oía apenas, pues las horas pasaban velozmente y su ensueño iba a concluir. De pronto sonó próxima, en la calle desierta, la bocina de un automóvil. Silvina saltó del asiento y corrió al visillo del balcón, mientras la madre se sonreía plácida con el huésped:

—Es su pretendiente de ahora... X. X. Parece muy entusiasmada. Aunque con una cabeza como la suya...

Silvina regresaba ya, con las mejillas de nuevo coloreadas.

—¿Era él?—le preguntó la madre.

—Creo que sí—repuso brevemente la joven.—Apenas tuve tiempo de levantar el visillo...

Montt se mantuvo un momento mudo, esforzándose, con los dientes muy apretados y la expresión calma, en impedir que en su frente aparecieran los largos pliegues suplementarios de las malas horas.

—¿Cosa formal?—se volvió al fin a Silvina con una sonrisa.

—¡Psh!,..—se arrellanó ella, cruzándose de piernas. —Uno de tantos...

La madre miró a Montt como diciéndole: «Ya ve usted...»

Montt se levantó, por fin, cuando Silvina se quejaba de la falta de libros y revistas en las casas locales.

—Si usted lo desea—se ofreció él—puedo mandarle desde Buenos Aires ilustraciones europeas...

—¿Usted escribe en ésas?

—No.

—Entonces mándeme las de acá.

Montt salió por fin, llevando hasta el tren, por bajo del contacto de boleteros y guardas, la impresión del largo apretón de manos con que Silvina, muy seria, le había tendido su antebrazo desnudo.

En el camarote ordenó sus efectos y abrió la ventanilla sin darse cuenta de lo que hacía. Frente al lavabo levantó la cabeza al espejo y se miró fijamente: sí, la piel quebrada y la frente demasiado descubierta, cruzada de hondos pliegues; el extremo de los ojos quemados por el sol, con largas patas de gallo que corrían hasta las sienes; la calma particular en la expresión de quien vivió ya su vida, y cuanto marca en el hombre de cuarenta años que debe volver la cabeza ante los sueños de una irretornable juventud.

«Demasiado temprano...y demasiado tarde...», se dijo, expresando así, respecto de Silvina, la fórmula de las grandes amarguras del corazón.

En este estado de espíritu, Montt pasó el primer mes en Buenos Aires. Debía olvidarlo todo. ¿No había sentido la bocina del automóvil? ¿Y no se había visto a sí mismo en el espejo del tren? ¿Qué miserable ilusión podía alimentar? ¡Diez y ocho años apenas, ella! Un capullo de vida, para él que la había gastado en cuarenta años de lucha. Allí estaban sus quebradas manos de peón... ¡No, no!

Pero al cabo de un mes remitió al interior un grueso rollo con una carta en que afirmaba de nuevo el respetuoso afecto de un «viejo amigo y un amigo viejo».

Montt esperó en vano acuse de recibo. Y para confirmarse en su renuncia total a su sueño de una noche de verano efectuó de nuevo dos envíos, sin carta estas veces.

Al fin obtuvo respuesta, bajo sobre, de letra evidentemente disfrazada.

Había sido una ingrata sorpresa—le decían—recibir una carta escrita a máquina, como un papel comercial. Y variadas quejas respecto de la frialdad que esto suponía, etc. Luego, que no aceptaba las últimas líneas. «Viejo amigo mío», sí, y Montt lo sabía bien; pero no la segunda parte. Y, finalmente, que le escribía apurada y en ese papel (el papel era de contrabando en una casa opulenta), por las razones que Montt «debía comprender».

Montt sólo comprendió que se sentía loco de dicha como un adolescente. ¡Silvina! ¡Hay, pues, un resto de justicia en las leyes del corazón! ¿Pero qué había hecho él, pobre diablo sin juventud ni fortuna, para merecer esa inconmensurable dicha? ¡Criatura adorada! ¡Sí, comprendía la carta escrita a hurtadillas, la oposición de la madre, su propia locura, todo, todo!

Contestó enseguida una larga carta de expresiones contenidas aun por el temor de que llegaran a manos ajenas, pero transparentes para Silvina. Y reanudó con brío juvenil su labor intelectual. Cuanto de buena fe puede poner un hombre maduro que aporta a aquélla las grandes fuerzas de su pasado, las puso Montt ante el altar de su pequeña diosa.

Pasó un mes, y no llegaba carta. Montt tornó a escribir, en vano. Y pasó un nuevo mes, y otro, y otro.

Como un hombre herido que va retirando lentamente la mano de encima de la mesa hasta que queda inmóvil, Montt cesó de trabajar. Escribió finalmente al interior, aunque a distinto destinatario, pidiendo disimuladamente informes, los que llegaron a su entera satisfacción, pues se le comunicó que la niña aludida había contraído compromiso hacía cuatro meses con el Dr. X. X.

"He aquí, pues, lo que yo debía haber comprendido", se dijo Montt.

Cuesta arrancar del corazón de un hombre maduro la ilusión de un tiernísimo amor. Montt la arrancó, sin embargo, aunque con ella se iba su propia vida en girones. Trabajo, gloria... ¡Bah! Se sentía viejo, realmente viejo... Fatigado para siempre. Lucha contra la injusticia, intelectualidad, arte... ¡Oh, no! Estaba cansado, muy cansado... Y quería volver al campo, definitivamente y para siempre. Y con mujer, desde luego... El campo es muy duro cuando no se tiene al lado a una mujer robusta que cuide la casa... Una mujer madura, como le correspondía a él, y más bien fea, porque es más fácil hallarlas. Trabajadora, y viva, sobre todo, para no dejarse robar en las compras. Sobre todo, nada joven, ¡Oh, esto sobre todo! ¿Qué más podía el pretender? La primera buena mujer de conventillo le sacaría del paso... ¿Qué más?

En breve tiempo de fiebre Montt halló lo que deseaba y se casó con los ojos cerrados. Y sólo al día siguiente, como un sonámbulo que vuelve en sí, pensó en lo que había hecho.

Allí al lado estaba su mujer, su esposa para siempre. No podía decir – ni lo recordaba— quién era ni qué era. Pero al dejar caer la cabeza entre las manos, como si una honda náusea se hubiera volcado sobre su vida, comprendió en toda su extensión lo que había hecho de sí mismo.

En esos momentos le llegó una carta. Era de Silvina, y le decía lo siguiente:

"Montt: Soy libre. Anoche he roto con mi novio. No me atrevo a contarle lo que me ha costado dar este paso. Mamá no me lo perdonará nunca, yo creo. ¡Pobre mamá! Pero yo no podía, Montt, quebrantar de este modo mi corazón y mi vida entera. Yo he hecho lo que nadie podría creer para convencerme a mí misma de que sólo sentía amistad por usted, de que no era otra cosa que un recuerdo de

cuando era chica. ¡Imposible! Desesperada por la lucha en casa, acepté a X. X. ¡Pero no, no podía! Ahora que soy libre, puedo por fin, decirle claramente lo que usted adivinó, y que me ha hecho llorar hasta rabiar por no habérselo sabido expresar antes.

»¿Se acuerda de la noche que vino a casa? Hoy hace seis meses y catorce días. Miles de veces me he acordado del...automóvil. ¿Recuerda? ¡Qué mal hice, Montt! Pero yo no quería todavia confesármelo a mí misma. El me distinguía mucho (X. X.), y lo confieso sinceramente: me gustaba, ¿Por qué? Pasé mucho tiempo sin darme cuenta... hasta que usted vino de nuevo a casa. Entre todos los muchachos que me agradaron, siempre hallé en ellos alguna cosa que recordaba de usted: o su voz, o su modo de mirar, ¡qué se yo! Cuando lo ví de nuevo lo comprendí claramente. Pero aquella noche yo estaba muy nerviosa... y no quería que usted se envalentonara demasiado.

»¡Oh, Montt, perdóneme! Cuando yo volvía del balcón (el automóvil), y lo ví mudo sin mirarme más, tuve impulsos locos de arrodillarme a su lado y besarle las pobres manos, y acariciarle la cabeza para que no arrugara más la frente. Y otras cosas más, Montt, como su ropa. ¿Cómo no comprendió usted, amigo de mi vida, que aunque volviera de trabajar como un hombre en el campo, no podía ser para mí otro que «el amigo de Silvina», siempre el mismo para ella?

»Esto mismo me lo he venido preguntando desde hace seis meses: ¿cómo no comprendió él, que es tan inteligente y que comprende a maravilla a sus personajes? Pero tal vez soy injusta, porque yo misma, que veía claro en mí, me esforcé en no hacérselo ver a usted. ¡Qué criatura soy, Montt, y cuánto va a tener que sufrir por mí... algún día!

»¡Oh, amigo! ¡Qué gozo podérselo escribir libre de trabas, dueña de hacer de mi vida lo que el destino me tenía guardado desde chica! Estoy tan convencida de esto, Montt, que en estos seis meses no he hecho otra cosa (fuera de la pobre mamá), que pensar en «ese día». ¿No es cierto, Montt, usted que ha visto tan claro en los otros corazones, que en el suyo usted vió también aquella noche una «esperanza» para su pequeña Silvina? ¡Sí, estoy segura!

»Cuando le escribí mi carta (¡qué fastidio tener que escribirle en ese papel que' me compró la sirvienta!); cuando le escribí estaba realmente resentida con usted. ¡Escribirme en esa horrible máquina, como si quisiera hacerme ver que para usted era un asuntito comercial: mandarme las ilustraciones, salir del paso, y ¡tras! Ya estaba cumplido con la frívola Silvina. ¡Qué maldad! Pero Silvina no es frívola, aunque lo diga mamá (mamá dice «apasionada»), y le perdona todo.. Y tiene otra vez deseo de pasarle despacito la mano por la frente para que no aparezcan esas arrugas feas.

»Montt: Yo sabía que aquella persona que iba con usted era su novia. ¡Y sabía que no se había casado, y sabía todo lo que usted solo había hecho en el campo, y había leído todo, todo lo que usted había escrito!

»¿Ve ahora si deberá tener cuidado con su Silvina?

»¡Pero no, amigo de toda mi vida! Para usted, siempre la misma que quería estar siempre a su lado cuando tenía ocho años... ¡Todo lo que pueda valer algo en Silvina, su alma, su cuerpo, su vida entera (más no tengo!) es para usted, amigo!

»Cuando pienso que puedo llegar a tener la felicidad de vivir al lado suyo, alegrándolo con mis locuras cuando esté triste, animándolo para que trabaje, pero allí en Buenos Aires, donde está en adelante su verdadero campo de lucha... ¡Oh, Montt! ¡Pensar que todo esto es posible para la pobre Silvina!... ¡Hacerme la chiquita al lado de un hombre como usted, que ya ha sufrido mucho y es tan inteligente y tan bueno! Nunca, nunca más volvería una arruga fea.

»¿Se acuerda, Montt, de la noche que le descosí, distraída, la «boutonniére?» ¡Cómo quedó la pobre solapa! Ahora quisiera tener la cabeza reclinada allí mucho tiempo... ¡Siempre, Montt!

»Y ya no sé más qué decirle... sino que he sido muy clara, tan clara que me avergonzaría, de no ser usted quien es. Allí, solo y pensando quién sabe qué cosas de Silvina, recibirá esta carta que le lleva todo el amor de

Silvina.

«Amor mío: te ama y te espera

S.»

(*La Nación*. Buenos Aires).

El drama como estudio en los colegios

Los informes suministrados al Departamento de Educación de los Estados Unidos referentes a ciento sesenta y cuatro colegios y universidades, revelan una interesante y notable tendencia, de parte de las autoridades docentes, en reconocer las artes del teatro como una parte de la actividad cultural de los estudiantes. En algunos casos las aptitudes para recibir un grado académico se reconocen por el esfuerzo en la producción de dramas, con la cooperación en muchos casos, de dichas autoridades.

El Instituto Carnegie, de Tecnología, tiene una escuela de drama junto con los cursos que deben seguirse para recibir el título de Bachiller y Maestro de Artes. Esta escuela ha estado funcionando desde hace cinco años, y durante ese tiempo ha dado trescientas ochenta representaciones públicas cuyas decoraciones, trajes y alumbrado han sido preparados por los estudiantes. El énfasis se prefiere en la actuación antes que en lo escrito, y los estudiantes escriben y producen sus propios dramas bajo la vigilancia necesaria. La escuela tiene por objeto preparar maestros de trabajos dramáticos y compositores profesionales.

Este trabajo se diferencia mucho de la representación anual que se considera como típica de los colegios dramáticos. Esta consistía generalmente en una comedia musical y era importante principalmente como un suceso social. Tales obras se representan todavía por El Club Pudín de Harvard, El Club Triángulo de Princenton y el de Máscaras y Pelucas de La Universidad de Pensilvania. Estas sociedades representan a veces sus dramas en varias ciudades, pero esto no es propio de la obra dramática de los colegios.

Como un objeto de la tendencia presente hacia el trabajo dramático en los establecimientos de enseñanza, puede citarse el laboratorio dramático de La Universidad de Harvard, dirigido por el profesor Jorge Pierce Baker en conexión con su clase dramática tecnica.

El objeto de la compañía es representar dramas escogidos para que los puedan juzgar imparcialmente. Las faltas técnicas, que el autor no puede ver a pesar de la crítica hecha en las lecciones, se muestran en la representación. La compañía está compuesta como de treinta personas entre hombres y mujeres, pertenecientes en su mayoría a las Universidades de Harvard y Recliffe. El profesor Baker actua como director de dramas y los estudiantes como directores, asistentes, ayudantes voluntarios o tramoyistas. La asistencia pagada ha caído en desuso poco a poco, y según el profesor citado, desde que se escribe una obra hasta que cae el telón todos los gastos corren de cuenta de la compañía. Esta última no vende entradas en Harvard, sino que invita a las personas interesadas en asistir a los teatros experimentales.

Aunque la Universidad tiene en

cuenta el curso de técnica dramática, no hace lo mismo con las actividades desplegadas en el taller correspondiente. La Universidad de Carolina del Norte también aprecia el curso de composición de dramas pero no la representación de ellos. El Colegio Agrícola de Kansas no da ningún curso respecto a la teoría del drama, pero tiene en cuenta las representaciones de los dramas del colegio. A los actores de la Universidad de Louisville se les acreditan dos puntos por su trabajo anual en representar cuatro dramas, uno en un teatro local y tres en un salón. Este esfuerzo es equivalente a una clase regular de arte dramático. Sesenta y nueve instituciones aprecian el trabajo dramático en conexión con el curso regular.

Las salas de los colegios se usan para representaciones, pero hay diez y siete de ellos que tienen teatros, algunos de los cuales son adaptaciones de de edificios que antes se usaban para otros fines. Unas señoritas repararon un granero y tienen ahora en proyecto la construcción de un teatro para cuando haya fondos.

En el Instituto Carnegie de Tecnología hay un teatro moderno bien dispuesto que puede contener cuatrocientos veinte personas, y tiene un estudio de pintura escénica, un taller de sastrería, un cuarto donde se arreglan los artistas y una sala de espera, que se usa cuando dos grupos están ensayando simultaneamente.

Varias instituciones del Este han abierto teatros al aire libre, pero hay más en el Oeste y principalmente en California, debido a que allí llueve muy poco. Cuarenta y siete colegios tienen teatros de esa clase y cuarenta y uno dan representuciones en los campos.

La universidad de Dakota Norte posee un teatro al aire libre, en el cual se valen de la curva natural de un arroyo para separar el escenario del auditorio. El Colegio Yankton de Dakota Sur tiene un jardín-teatro hecho según un modelo italiano del renacimiento. El Colegio de Mills en California posee dos teatros al aire libre, de los cuales hay uno que consiste en un bosque de eucaliptos y otro que tiene un escenario natural.

La tendencia de los estudiantes a escribir dramas originales se está desarrollando pero todavía se escriben dramas modelos. De mil ochenta y ocho dramas representados en los últimos cinco años sólo doscientos ochenta y uno fueron escritos por los estudiantes, siendo en su mayor parte piezas de un acto, espectáculos y representaciones musicales. Los otros fueron dramas serios y muchos de ellos shakesperianos.

La mayor parte de las producciones representadas en los colegios está bajo la dirección de los estudiantes y de la facultad correspondiente. De ciento sesenta y cuatro instituciones solamente veinte y nueve enganchan profesionales.

Algunos colegios cooperan con los vecinos. Los estudiantes de Vassar se han unido con los ciudadanos de Poughkeepsie para construir un teatro comunal, y para eso se cobran dos cuotas mensuales. La Universidad de Kentucky también representa fuera de ella unos cuantos dramas bajo su dirección.

Los colegios también han puesto en escena dramas de la comunidad rural. En el año 1905, se formó en la Universidad de Dakota Norte, una compañía que recorría el estado representando dramas, tales como «Los rivales» y «La escuela del escándalo», con el fin de cultivar el gusto por las buenas obras de teatro. Esta compañía tenía buenas decoraciones y alumbrado y se dedicaba a obras favoritas del vulgo basadas en costumbres locales.

Algunas universidades están poniendo en práctica el drama de comunidad en su departamento anexo, lo cual ayuda a los compositores de dramas.

Los actores de la Universidad de «La Carolina del Norte», representan las tradiciones de la localidad. En este sistema se escriben las obras bajo cierta crítica, y se ponen en escena con ayuda de la facultad universitaria y de los vecinos que desean cooperar.

Los espectáculos son populares. La escuela de educación de la Universidad de Pittsburgh da cursos relativos a las representaciones para que los estudiantes puedan escogerlos como asignaturas principales o secundarias. Algunos colegios de mujeres dan espectáculos al fin de los cursos de bailes estéticos y populares y de los cursos de música y representación. Los colegios han compuesto en los últimos cinco años, cien dramas, de los cuales cincuenta y tres son originales y además han dado espectáculos en las escuelas de verano.

(Del *Foreign Prss Service*, N. Y. Trad. de inglés por Carlos Durán h.)

La ética de Mussolini

ROMA, enero 1º—Italia ha principiado el nuevo año con un decálogo de propósitos para el porvenir. Se trata del decálogo de Benito Mussolini, que él ha formado para que sirva de norma a los actos de su Gobierno y para educar al pueblo italiano en el mismo pensamiento. El decálogo del Jefe del Gabinete, dice así:

Primero: el capital no puede vivir sin el trabajo y el trabajo no puede vivir sin el capital; ni privilegios para el primero ni privilegios para el segundo, sino justicia para ambos.

Segundo: la base de la concordia está en la justicia.

Tercero: sólo un trabajo tenaz puede redimirnos.

Cuarto: las deudas de dinero son deudas de honor.

Quinto: para tener honor hay que ser honrado.

Sexto: la propiedad y los contratos son inviolables.

Séptimo: cada hombre tiene derecho a trabajar, pero ningún hombre tiene derecho a atacar los intereses de la nación.

Octavo: en el sacrificio es donde debemos buscar nuestro placer.

Noveno: la sociedad está fundada sobre deberes y no sobre derechos.

Décimo: amar a la patria es tan nenesario como a nuestra propia madre.

(Cable de *La Prensa Asociada*, N. Y.)

Homenaje de Colombia a Pasteur

LEY 44 de 1922 (setiembre 22), por la cual se rinde homenaje a

LUIS PASTEUR

El Congreso de Colombia, decreta:

Artículo 1º—Con ocasión de los festejos centenarios de Luis Pasteur, que se efectuarán el día 27 de diciembre del año en curso, la República de Colombia honra la memoria del sabio francés, genio descubridor a quien saluda el mundo civilizado como a una lumbrera de la ciencia y a uno de los más insignes benefactores de la humanidad.

Artículo 2º—Encomiéndase a la Academia Nacional de Medicina la organización de los festejos que conmemorarán el centenario de Pasteur.

Artículo 3º—La Nación contribuirá con $ 500 para la suscripción nacional que se ha iniciado con el fin de erigir en Colombia un monumento a Pasteur.

Dada en Bogotá, a 20 de setiembre de 1922.

El Presidente del Senado, Pedro J. Acobedo—El Presidente de la Cámara de Representantes, José Ignacio Vernaza.—El Secretario del Senado, Julio D. Portocarrero.—El Secretario de la Cámara de Representantes, Fernando Restrepo Briceño.

(El Diario Nacional, Bogotá.

A propósito del premio Nobel otorgado a España en la persona de Benavente

POR R. BLANCO FOMBONA

El cable comunica que a Benavente se le ha otorgado el premio Nobel de Literatura en 1922.

Nuevo motivo para pensar en el presente y en el porvenir de nuestra lengua.

En la Europa de la postguerra se ha desencadenado una lucha feroz de nacionalismos, aunque no lo quiera ver mi amigo de «El Liberal» Don César Falcón. Esa guerra asume distintos aspectos. Las respectivas lenguas sirven de bandera a muchos combatientes. Cada quién desea imponer la propia. El ingles y el francés se han venido a las manos, y yanquis e ingleses no aceptan ya la francesa como exclusiva lengua diplomática. Esto no es romanticismo vacuo, sino interés nacionalista de la mejor ley.

Razón tiene Francia, por su parte, en sostener a precio de oro en toda la redondez del planeta esas asociaciones o institutos que—con diferentes nombres, según las circunstancias — obedecen al mismo fin: la divulgación de la lengua francesa, que es abrir el camino para la literatura y para el espíritu franceses. También es abrirlo indirectamente para la prosperidad y para la política de Francia.

Eso es gobernar. Eso es continuar siendo digno de un gran pasado histórico, enderezar lo presente y preparar con obras de cal y canto lo por venir.

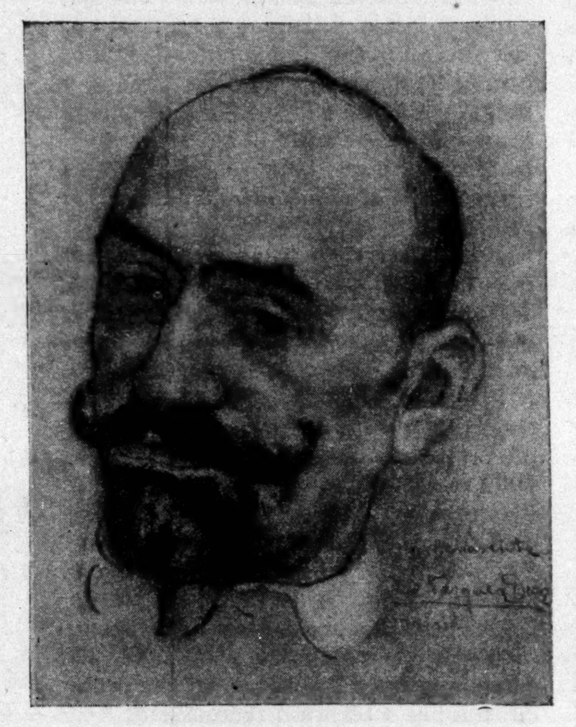
Veamos qué ocurre con el castellano.

Después de bellos días esplendorosos, degeneró hasta lengua, no de segundo, sino de tercer orden. Nada se hizo por levantarla de su postración.

Hoy empieza una nueva era, una era de más amplios horizontes para el idioma de Castilla. Empieza a divulgarse fuera de los pueblos en que se habla, no por obra del Estado español, sino por obra y gracia casi exclusivas del crecimiento de América y de las grandes perspectivas económicas que América presenta a la actividad y a la ambición extranjeras.

Yo creo que el crecimiento de esta lengua en el mundo no se debe abandonar al acaso y a la incultura de ávidos mercaderes.

España es quien más directamente y en grado más trascendental se beneficia con este movimiento universal hacia nuestra lengua; movimiento, repítase, provocado por América, no adrede, sino por el hecho de existir y crecer ese almácigo de pueblos. Pero ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede desaparecer o aminorarse: bastaría que los Estados Unidos—u otra potencia — impusiera su dominación política sobre algunos de aquellos países.



JACINTO BENAVENTE

(Dibujo de VÁZQUEZ DÍAZ).

El ejemplo es de ayer: ya en Tejas no se habla castellano; y el castellano en Puerto Rico y en Filipinas está herido en el corazón. Sin llegar a tanto, ese movimiento universal hacia nuestra lengua puede quedar reducido por muchísimo tiempo al argot complementario del negociante sin curiosidades ni preocupaciones de orden intelectual.

¿No convendría a España organizar en estos momentos propicios una metódica divulgación del castellano en el mundo? Lo que hace Francia por su lengua, ¿no podrá hacerlo España por la suya? Si la empresa parece difícil, bien: es digna de esforzados. Si cuesta caro, mejor: el dinero de la comunidad, en beneficio de la comunidad debe gastarse. Y en este caso se trata de una comunidad de naciones. Que esas naciones, de acuerdo, vean por su interés, que radica más allá de estrechos cálculos económicos. Pero aunque España sola debiera arrimar el hombro a la empresa, ¿le convendría esquivarla, so pretexto de dispendiosa?

Cara cuesta la conquista de unos áridos peñones moros y de unas tribus diseminadas en sus tierras del Africa norteña. ¿Parecerá excesivo lo que se gaste—que será un poco menos—en conquistar en los pueblos más cultos a los espíritus más curiosos y en abrir horizontes magníficos al pensamiento español?

El movimiento ascensional del idioma español es tan espontáneo, que llega hasta esa Holanda, que abomina a España y a las repúblicas de España nacidas. Pueblo comercial, sigue Holanda la corriente del comercio. Y el comercio, como la luz, describe su parábola de Oriente a Occidente.

En Amsterdan, adonde veinte años atrás apenas iba algún amerikano o algún peninsular, y en donde sólo existían dos amsterdamenses con rudimentos de nuestro idioma, suelen ahora oirse conversaciones en español por los salones y comedores de los grandes hoteles. Ocurre que los «waiters» de los cafés os digan alguna tontería lisonjera en vuestra lengua materna: han estado en Méjico, en Argentina, en Cuba, en Curazao. Los bancos que negocian con América, como el Hollandsche Bank voor Zuid América, y las grandes casas exportadoras por el estilo del Sindicato Holanda-Colombia necesitan y emplean un personal que conozca la lengua de Castilla. Es corriente que en los periódicos aparezcan anuncios en solicitud de dependientes que lean y escriban español.

Hasta las infinitas marcas de cigarros de Sumatra y Borneo, en ese país de fumadores y bebedores eméritos suelen llevar ahora—a imitación de las marcas de la Habana—títulos en nuestra lengua. Sólo que el castellano de Holanda resulta hasta el presente un poco claudicante, y a veces harto ridículo. Así, unos puros de Insulinde se llaman «Petitos bonitos»; otros, «Carolo»; otros, «La havannera»; otros, «Liberatoro Bolívar»; otros, «Escarmena»; otros, «Es cosa». En la preciosíma avenida Dique del Amstel o Amsteldik, una casa muestra, orgullosa, en gordas letras blancas, este escabroso rompecabezas: «Jodi-Debo en gran comercio».

Lo que está ocurriendo con nuestro idioma en los dos grandes pueblos sajones y comerciales es de sobra conocido: tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se van creando cátedras de lengua castellana en mu-

chos centros docentes, no ya particulares, sino aun del Estado.

En Alemania también saca la cabeza. Por las calles de Hamburgo se oye el español a cada vuelta de esquina. Son, principalmente, los millares y millares de comerciantes alemanes de Centro, Sur América y Méjico —máxime de aquellos países donde su comercio priva, como Venezuela y Colombia—. Cansados en aquellas repúblicas, y ya ricos, habitan luego con su familia americana, de fijo o transitoriamente, en la urbe teutónica, de donde salieron años antes con su lápiz de tenedores de libros y su juventud laboriosa por todo capital. Se da el fenómeno de que en todos los hogares así constituídos, la lengua que impera, aunque las mujeres y los niños las sepan ambas, no es la lengua alemana, sino la española. Huysman habla en alguno de sus libros—como se ve, la cosa no es de ayer—de las venezolanas de Hamburgo.

Otros de aquellos transeuntes hamburgueses que van charlando en español son comerciantes americanos en viaje de negocios. Otros son jóvenes que van a estudiar el alemán y el comercio, o, simplemente, de paseo. Entran por Hamburgo a Europa.

En las ciudades de Italia ocurre otro tanto, y aun tal vez en mayor escala, con la Argentina. Pero el italiano y el español son afines a tal grado, que el producto de este connubio de lenguas, tanto en Argentina como en Italia, suele tener las deformidades o lacras del hijo de parientes próximos.

En Francia aun se piensa—aunque cada vez se piense menos—que estutudiar y conocer las lenguas vivas extranjeras es ceder a influencias extrañas y contribuir a que la lengua francesa decaiga un poco de su rango, hasta ahora único.

Semejante error ha impedido a Francia a menudo poder penetrar la psicología de los demás pueblos, en ciertos íntimos repliegues, o por algunos segmentos de espíritus antagónicos al suyo, aunque sea Francia, como sabemos, pueblo de agudeza extrema, de perspicacia finísima, y aunque posea un numeroso personal adecuado, que la tiene al corriente de hechos y singularidades de cada pueblo. Una pluma francesa—M. Jean d'Orsay—ha escrito estas palabras: «*S'ils* (los franceses) *avaient mieux connu la mentalité anglaise, allemande ou américaine* (quiere decir yanqui) *il n'est pas exageré de dire que le traité de Versailles eut été meilleur pour nous et que toutes les conférences qui l'ont suivi auraient été plus fertiles en résultats*».

Francia, con todo, en un esfuerzo práctico y vital para conocer a los pueblos que la rodean, reformó desde 1902 su enseñanza secundaria, modernizándola en punto a lenguas: el latín quedó substituido con lenguas vivas. Pero de estas lenguas vivas, las que más interesan en Francia, por diferentes pero comprensibles razones, son la inglesa, la alemana y la rusa. El castellano queda relegado en sus preocupaciones a término secundario.

Si Francia no partiera sus límites de Occidente con una potencia hoy modesta, sino que sintiera la vecindad del vigoroso bloque de Naciones Ibéricas, de otro modo pensara. Pueblo práctico, sabría acomodarse a la realidad.

¿Se substrae Francia en absoluto, sin embargo, a la ola ascendente de nuestro idioma? Oficialmente, hasta cierto punto, sí; nacional, no.

En vano puede creer que nosotros estamos obligados a conocer su lengua y que nada tiene que aprender de la nuestra. La ola ascendente, invasora, enorme, la arrolla. No hablemos ya del elemento fronterizo que conoce el castellano, porque ese elemento siempre existió. Hablemos del personal enorme que necesita ahora nuestro idioma para servir sus consulados, para acoger nuestro turismo, para vendernos sus industrias, para cultivar nuestro comercio. Hablemos de sus ingenieros que van a América, de sus «commis», de sus contratistas, de los que colocan capitales en aquellas tierras o de los que van a adquirirlo.

Podemos concluir así: el movimiento ascendente del idioma castellano sigue la curva del crecimiento de América. El castellano prospera a medida que América aumenta en población, en bienestar económico, en estabilidad política, en exportación de materias primas, en capacidad de consumir productos de Europa y Estados Unidos.

Esa conclusión es de evidencia rigurosa. Pero como nuestra lengua fué bendecida en la cuna por hadas generosas, podemos preguntar y responder: ¿Es eso todo? No. China es un mercado mucho mayor que América y el mundo no aprende chino.

Chateau de Catillón, Oise-1922.

(*La Voz*. Madrid).



22.—El libre uso de la propiedad en los libros

Consejo Representativo:

Con presencia del decreto de la Legislatura, de 21 del presente mes, por el cual se prohibe la circulación e introducción en el Estado de libros opuestos al dogma, a la moral y a la decencia, ha acordado el Ejecutivo informaros que es constante que para este caso la Legislatura del Estado, por orden de 26 junio de 828 que se comunicó al vicario general el 24 de julio siguiente, dispuso que éste diera el índice de los libros que debieran prohibirse, designando la doctrina impía y dañosa que contuvieran; que no obstante eso y que han trascurrido ya cerca de tres años, el vicario general no ha presentado tal índice, ni parece se hubiese dado antes por los diocesanos y aún el metropolitano de la República; que esto mismo prueba la delicadeza y circunspección con que debe procederse en la materia, porque se observa comúnmente que en estos libros que tratan de la religión y de la moral, aunque se mezcla a veces el veneno con la triaca, el hombre de bien y de principios toma lo útil y desecha lo perjudicial, así como las abejas extraen la miel sin tocar el tósigo de algunas flores; y de consiguiente, para no privar a la sociedad de las ventajas que puede percibir en la lectura de tales libros, no debiera hacerse una prohibición absoluta de ellos, sino mandarse purgar de la parte insana; que aun bajo el régimen antiguo, para la prohibición de libros se guardaba alguna distinción y consideración con los que no estaban en idioma vulgar, y el tribunal de la Inquisición, para declarar si un libro era contrario al dogma o sana moral y prohibirlo, seguía un juicio completo contra la obra para su calificación, oyendo al autor o defensor nombrado de oficio y al fiscal que hacía de acusador, y, oídas ambas partes, se fallaba; que en cuanto a pinturas y láminas indecentes puede padecerse mucha equivocación, lo mismo que, en cuanto a libros obscenos, puede alguna obra, sin tener por objeto excitar la concupiscencia sino la explicación de deberes conyugales, entrar en pormenores cuales pudiera inventar la más torpe lascivia, como por ejemplo la obra del jesuita Sánchez, varón de eminente piedad y sabiduría, que habla del débito conyugal y nunca se ha juzgado digna de prohibición por obscena; del mismo modo los célebres artistas y sabios, o para dirigir las operaciones anatómicas, o para dar reglas exactas en el diseño, escultura y otras artes de perspectiva, presentan al natural la estructura, configuración y formas del hombre, sin que por eso se califiquen de obscenas; pues los sumos pontífices conservan en su palacio obras célebres de esta especie y han mandado grabar suntuosamente cuanto ha dado de más bello Herculano, sin embargo de que la mayor parte de sus figuras están al natural y desnudas de ropaje; y así es finalmente que en todas las academias de escultura y dibujo en Europa se presentan individuos de nuestra especie desnudos para la instrucción de los alumnos.

A la par de estos hechos, debe observarse también que por la constitución federal se reserva al Congreso Nacional la facultad de arreglar el comercio con las naciones extranjeras y por consiguiente sólo a él compete declarar o prohibir la introducción de efectos o libros; que por la misma constitución, artículo 169, se prohibe ocupar los papeles de los habitantes de la República, sino es en el caso de traición, y por el artículo 175, párrafos 1º y 4º, se niega a las legislaturas el poder de coartar la libertad de la escritura y de la imprenta y el tomar la propiedad de ninguna persona, ni turbarle en el libre uso de de sus bienes sino es en favor del público, con grave necesidad legalmente comprobada y garantizándole previamente la justa indemnización, y en esta última parte es conforme el artículo 4º de la constitución del Estado, respecto de la propiedad de los costarricenses; y que por el artículo 11 de la federal, que declara por su religión la católica, apostólica, romana, sólo prohibe el ejercicio público de las otras. Visto, pues, el decreto a la luz de las consideraciones y disposiciones relacionadas, se demuestra que no sólo repugna a la práctica que generalmente se observa, hasta ahora en la República y la mayor parte de las naciones cristianas y aún en Roma mismo, sino que también ataca y destruye los principios y garantías establecidos por la carta fundamental, pues transformándose la Legislatura en tribunal declara prohibidos, en el artículo 1º, los libros que contenía el decreto del Gobierno de México de 27 de septiembre de 1822, sin la previa calificación que corresponde a nuestro diocesano ni que haya podido hacerse por la Legislatura, cuando la mayor parte de aquellas obras ni son conocidas ni existen en el Estado, y además se ofenden nuestros derechos de independencia sujetándonos expresamente a una ley extranjera, dada bajo el influjo de un gobierno despótico y de un hombre que usurpaba los derechos de su suelo y pretendió usupar los nuestros; y, últimamente, se coarta la libertad de imprenta y ataca el libre uso de la propiedad en los libros, sin indemnización, por las demás disposiciones de este decreto, contra el tenor expreso de los artículos citados de la constitución federal.

De otra parte es de considerarse que las leyes en semejante materia debieran emanar del Congreso Federal para su uniformidad en la República, porque sería un laberinto y confusión muy embarazosa para nuestras relaciones de comercio que las cosas y objetos cuya circulación e introducción sean permitidas en unos Estados de la República resultaren prohibidas en otros.

Por todo lo expuesto entiende el Ejecutivo que el decreto en cuestión, a más de ser inconstitucional, ofrece grandes inconvenientes y embarazos, con responsabilidad en su ejecución, y que por tanto debe negarse su sanción, sin perjuicio de que la Legislatura pueda tomar otras medidas que se concilien con nuestras instituciones, para reprimir los abusos que puedan hacerse de la prensa o se noten sobre los demás objetos que comprende el decreto.

San José, mayo **30** de **1831**.

C. R.

JOAQUÍN BERNARDO CALVO.

(Envío de D. RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA).

Testimonios de nuestra política con los gobiernos centroamericanos

La conferencia del mes entrante nos da oportunidad de rechazar nuestro pretendido imperialismo en el Caribe.

POR BRUCE BLIVEN

LOS Estados Unidos tomarán parte oficialmente en la Conferencia de Centro América, que principia el 4 de diciembre en Washington. Este acontecimiento fué anunciado anoche al Departamento de Estado. El Secretario Hughes y Sumner Welles, antiguo Jefe de la División Latinoamericana en el Departamento de Estado, serán nuestros representantes.

Siempre sería importante la celebración de una reunión como ésta, pero al venir justamente antes de la gran Conferencia Pan-Americana que tendrá lugar en Santiago de Chile en marzo próximo, su significación es mayor.

Porque la Conferencia Centroamericana tratará por todos los medios de demostrar si los Estados Unidos están o no prontos en la actualidad a rehabilitarse a los ojos de América Latina. Si no, si manifiesta que intenta continuar la política general de la última década, la reunión Pan-Americana, puede ser de poca importancia, viéndose forzada a contentarse con las discusiones superficiales de trivialidades.

El pueblo de los Estados Unidos podría darse cuenta de que en Centro y Sud América, los propósitos de su gobierno son mirados con profunda suspicacia y desconfianza. Por una parte, las diferencias de temperamento hacen siempre difícil la mutua comprensión entre latinos y anglosajones. Por otra, nadie puede leer la historia de nuestras relaciones con los países que están sobre o contiguos al Mar Caribe, sin sentir cómo muchos de los temores latino-americanos parecen bien justificados.

Una gran ruta comercial nueva.

CON la apertura del Canal de Panamá, el Caribe ha llegado a ser una de las dos grandes rutas comerciales del mundo, siendo la otra, como se sabe, el Mediterráneo. Tiene ya un comercio anual que sube a $ 2.000,000. La parte de los Estados Unidos es cerca de una mitad de esto; entre 1900 y 1919 ha crecido en un 500 por ciento. La cantidad de comercio y la proporción controlada por los Estados Unidos aumentan aun cuando ninguno de estos países esté bajo nuestro dominio. De este hecho la América Latina está tan enterada como nosotros. Se nos ha visto primero tomar posesión de Puerto Rico, después de la guerra Hispano Americana, luego ocupar a Nicaragua por marinos en 1912, Haití en 1915, y al año siguiente Santo Domingo, y en 1916 también compramos las Islas de la Virgen. Todos estos actos (excepto la ocupación de Santo Domingo) parecen formar parte de una política permanente.

Nuestras relaciones con la América Central forman uno de los capítulos de nuestra historia de que los norteamericanos no pueden sentirse orgullosos. Cualesquiera que sean los hechos exactos—y éstos son todavía oscuros—nuestro gobierno tuvo ciertamente una desagradable y estrecha conexión con la en extremo conveniente revolución por la cual la república de Pana-

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

má rompió con Colombia, en el preciso momento en que el Senado de este país había rehusado ratificar el tratado que nos permitía la construcción del canal.

El episodio de Nicaragua.

MÁS deplorable aún, desde el punto de vista de justicia internacional, es la historia del episodio de Nicaragua. Bueno es, entre tanto, en vista de la conferencia que va a tener lugar, recordar los puntos más salientes de aquel negocio.

Los cinco países de Centro América (exclusive Panamá) formaban un solo territorio antes de independizarse de España en 1821. Formaban una confederación en 1823, disuelta de nuevo en 1838. Repetidos intentos, algunos de ellos violentos, se han hecho para revivir esta unión, hasta el afortunado esfuerzo de setiembre de 1921 que juntó a Guatemala, El Salvador y Honduras.

Si bien es cierto que los intentos para una confederación fueron infructuosos durante ocho años, en el último cuarto de siglo se ha hecho un considerable progreso hacia una cooperación internacional. La primera conferencia jurídica de Centro América tuvo lugar en junio de 1897 y preparó tratados de legislación mercantil y penal, derecho de propiedad, etc. Una segunda se efectuó en 1901, y en 1905 los Estados Unidos y México emplearon sus buenos oficios para hacer la paz entre las naciones centroamericanas, entonces (como sucede a menudo) en lucha abierta unas con otras. En 1907 tuvo lugar una notable conferencia dirigida por Elihu Root, el Secretario de Estado, en la cual se firmó un tratado de diez años por los cinco poderes. Entre otras cosas, se estableció la primera corte internacional de justicia, genuina, en la historia del mundo, acontecimiento de cuyo significado hay que sentir justo orgullo.

Pero ¡ay! las buenas intenciones de los diplomáticos! Nicaragua es el sitio de un posible canal largo tiempo estudiado por ingenieros norteamericanos, antes de escoger a Panamá. Los Estados Unidos deseaban controlar esta ruta tanto como la otra.

El presidente Zelaya, dictador en Nicaragua desde 1894 y un incómodo carácter para nuestro punto de vista, era un tropiezo en nuestro camino, un perturbador general de la paz de Centro América y muy opuesto a los Estados Unidos. Por lo cual, virtualmente lo hicimos caer en 1909 y conseguimos un gobierno amigo del nuestro. En 1912 una revolución trató de derrocar el nuevo régimen de mala fe; entonces los Estados Unidos enviaron los marinos.

Elecciones fraudulentas.

DESDE entonces hemos mantenido al partido conservador en el poder, según se dice, contra los deseos de la mayoría del pueblo. Elihu Root en una carta sobre este asunto a un amigo, escribió: «He examinado el informe del funcionario que manda nuestros marinos en Nicaragua y encuentro allí lo siguiente: «El actual gobierno no esta en el poder por la voluntad del pueblo; las elecciones del Congreso fueron de lo más fraudulentas». Y más adelante declara que los liberales, esto es, la oposición, «constituyen las tres cuartas partes del país»... «Se me dice,—añade Mr. Root—que si los marinos fueran retirados, el presidente de ahora se vería obligado a abandonar el país inmediatamente, o que sería derrocado por una revolución».

Una vez conseguido un gobierno complaciente en Nicaragua, firmamos el tratado Bryan-Chamorro de 1916. Este no nos da sólo el derecho de construir un canal en Nicaragua si así nos parece, sino que también nos da facultad en varias islas del Golfo de Fonseca para establecer una base naval. Enseguida se protestó contra este tratado. Costa Rica objetó que se nos había dado derechos en el río San Juan, entre Nicaragua y Costa Rica, que no podían ser aprobados sin un convenio previo con los Estados Unidos. Honduras y El Salvador alegaron con razón, que los cañones americanos en las islas de la Bahía de Fonseca podían con facilidad matar en su territorio.

Estos casos fueron sometidos a la consideración de la Corte Internacional creada en 1907, y la Corte votó 4 a 1 contra Nicaragua. Se ordenó a Nicaragua anular el tratado. Respaldada por los Estados Unidos rehusó hacerlo, hecho que, claro está, tocó a muerte en la Corte Internacional, la cual dejó de funcionar; con esta pérdida de prestigio no se hizo ningún intento para renovar la corte al final del período de debates que se cerraba. Es imposible no lamentar que Norte América haya sido el país que por conseguir ventajas materiales, matara este primer esfuerzo en el mundo, de introducir la regla de la razón entre las naciones.

Sugestión para una política.

NATURALMENTE, toda la América Latina observaba estas evoluciones con el mayor interés. Los Estados Unidos nunca han sido populares al Sur del Ecuador, aunque nuestra intervención en la guerra por razones que parecían altruistas, nos elevaron en la estimación de nuestros vecinos meridionales. Cuando se frustró nuestra unión a la Liga de las Naciones, nuestro crédito cayó de nuevo.

En la Conferencia de Centro América en el mes entrante, serán revisa-

Amanecer

(Para el REPERTORIO AMERICANO).

I.—EL ALBA

El alba azul y las estrellas blancas:
la sombra en las barrancas
como loba acosada, busca abrigo
del flechero enemigo.
Esgrime la «pastora» en los cercados
sus puñales de sangre empurpurados,
y en el fresco rocío de la mañana
revive el corazón de la pradera...
La araña tempranera
geometriza su tela casi vana.

II.—CANTAR

Dulce cantar del pájaro en el nido,
alegra el corazón!
El Irazú a lo lejos encendido
en oro vivo, acerca la ilusión
del cielo azul: y el cantar sonoro
enhebra la ilusión con hilo de oro!

III.—EL CORAZÓN

El corazón que te ama y que te espera,
es en la azul esfera
como una estrella blanca, solitaria,
que sueña en el azul de tu plegaria!

CARLOS LUIS SÁENZ

XI.—25.—922.

dos los acuerdos de la Conferencia de 1907. Resta al Gobierno de los Estados Unidos decir en qué disposición saldrá de la Conferencia la América Latina. Es interesante mirar por un momento la política sugerida por un americano, quien tal vez conozca la América Latina tanto como cualquiera otra persona: Samuel Guy Inman, del comité eclesiástico *interdenominacional* para la cooperación en la América Latina. El declara que se pueden mantener cordiales relaciones con los países del Caribe, en la siguiente forma:

«Retirar los marinos de los Estados Unidos de los países en que se han estacionado.

»Eliminar la censura de la prensa en los países en donde ahora se mantiene y fomentar la libre discusión tanto en los Estados Unidos como en los otros países, de tal manera que el público pueda determinar y declarar con franqueza la política de relaciones.

»Un departamento poderoso, con reconocida responsabilidad en el Gobierno de los Estados Unidos, que estudie las condiciones y aconseje a los poderes legislativo y ejecutivo en lo concerniente a las relaciones entre este país y las naciones más pequeñas que han llegado a depender de nosotros especialmente.

»El acto de firmar tratados entre los Estados Unidos y ciertos países del Caribe, basados en un inteligente consentimiento del pueblo, que reconozcan la soberanía de las naciones más pequeñas, y definir explícitamente si la nación más fuerte puede o no prestar una ayuda necesaria y dar estabilidad a un gobierno, asegurar unas elecciones honradas, vigorizar las finanzas, fomentar la higiene y los trabajos públicos y mejorar la educación.

Funcionarios simpatizadores.

»El Gobierno de los Estados Unidos debe tener especial cuidado en la elección de funcionarios de amplio criterio y simpatizadores, educados exclusivamente para el tipo de trabajo que deben llevar a cabo en estos países.

»Empeñarse por establecer fundaciones de educación, filantrópicas y religiosas y en organizaciones en los Estados Unidos para extender la obra en estos países, adaptada cuidadosamente a la psicología local y evitar una actitud de protección o de «americanización».

»Trabajar porque los norteamericanos formen un juicio de la historia, literatura, vida social y problemas de estas vecindades meridionales».

No es preciso ser un experto en asuntos latinoamericanos para reconocer la bondad de esto.

Tanto un claro egoísmo como las inspiraciones de un juego honrado, abogan por la drástica revisión de nuestras relaciones actuales. Resta por saber si el argumento tiene la fuerza suficiente para penetrar a través de las gruesas paredes del Departamento de Estado.

(Trad. para el REPERTORIO AMERICANO de *The Globe and Commercial Advertiser*, New York).

Jack

CON Jeovani, mi noble compañero de andanzas, nos acordamos de Jack ..

Era un hombre muy viejo, demasiado viejo: tal vez tendría 70 años o tal vez tendría 80 años; nosotros, que siempre lo miramos con las mandíbulas flacas y peludas, sólo sabíamos que aquel era un hombre demasiado viejo...

—Tenía un sombrero negro.

—Sí. Tenía un sombrero negro; y ahora que nos acordamos de este sombrero, yo creo que, indudablemente, este era un sombrero ridículo. Y creo que este era un sombrero ridículo por dos razones: Primero, porque este sombrero estaba sumamente deteriorado y, después, porque este sombrero había pertenecido a un gran señor y él, pues ya lo dijimos, él solo era un hombre muy viejo, demasiado viejo...

—Tenía una pipa grande.

—Si. Tenía una pipa grande. Por esta pipa soplaba y soplaba durante todo el día hasta que llegaba la noche. Cuando llegaba la noche dejaba la pipa y se tumbaba en un mueble que, posiblemente, era tan viejo como él. En este mueble roncaba y roncaba durante toda la noche hasta que de nuevo llegaba el día.

Cuando llegaba el día, otra vez agarraba la pipa y otra vez soplaba y soplaba hasta que de nuevo llegaba la noche.

En resumen: este hombre roncaba en la noche y soplaba en el día; soplaba en el día y roncaba en la noche.

ARTURO MEJÍA NIETO

Washington, U. S. A.

Figuras de América

JUAN TORRENDELL

TRES o cuatro cerebros poderosos tienen hoy las letras hispanoamericanas dedicados profesionalmente a la crítica. Persuadidos con Virgilio de que «el comprender no cansa jamás» y por Faguet animados a tornar su comprensión en fuerza constructora que, «como el molejón», si bien no corta los árboles de la vida, en cambio «hace al hierro capaz de cortar», esos tres o cuatro cerebros viven en un perenne conocer, dirigen luego sus impulsos a capacitar al público para que entienda la obra de arte, concurren con su visión de inteligentes al perfeccionamiento de los eternos aprendices que los artistas somos y agudizan poco a poco el gusto colectivo, en nuestros medios aun tan romos y de cultura y fervor tan precarios.

Al revés de tantos Zoilos presuntuosos que nos agobian a majaderías, ellos, sobre constituir nuestros lectores predilectos, nos acrecientan el público, nos divulgan y van formando esa atmósfera bienhechora llamada la reputación.

Sin embargo, esos hombres, heraldos o portavoces de la ajena labor, hallan muy rara vez quien comente la suya.

¿Por qué?

Suele mirarse la crítica como algo circunstancial, eco o resonancia del arte creador. Diríase que se la toma a modo de cosa adjetiva, tributaria del substantivo arte, sin el cual carecería de objeto y aún de existencia. Y no hay para ello tan estricta razón como parece. También puede juzgarse adjetivo al arte mismo. Guardo yo por ahí unos apuntes, en los cuales llamo al arte «el adjetivo que una sensibilidad aplica al substantivo vida»; porque «los artistas—digo—aun cuando creemos haber cumplido una obra muy serena, muy desapasionada, devolución fiel e impasible casi de la naturaleza, realizamos un acto adjetivo, ya que en nuestra sensibilidad la impresión recibida se tiñe de nuestro carácter y, al surgir de nosotros rediviva, está irremisiblemente *modificada*».

La crítica es, con relación al arte, algo muy semejante a lo que es el arte con relación a su fuente. Ambos resultan o igualmente adjetivos o igualmente dignos de la substantividad. La diferencia reside sólo en el matiz: el arte ha de esconder y disimular la razón como un bello cuerpo los huesos; la crítica, descubrir si esa bella carnación se sostiene o no en un sólido esqueleto. Mientras el artista coge la verdad para comunicarnos su emoción, el crítico toma la emoción para convencernos de la verdad a que pertenece. Así, el artista *modifica* la naturaleza y el crítico *califica* esa modificación, traduciendo a ideas la emotividad. Y del adjetivo modificativo al adjetivo calificativo sólo va el peldaño de un matiz.

Acostumbrémonos, pues, a no confundir en la escala de las derivaciones y a ver que, pasado cierto límite o cierto guión, todo adjetivo cobra substantividad.

Además, distingamos cómo la crítica nos complementa la labor. Un artista exalta, contagia su prodigioso sentir y nos penetra del misterio circundante; pero en seguida el crítico alumbra de razón aquella emoción estética, lo refuerza todo con el claro pensamiento y por último va condensando en las masas una conciencia general indispensable. Artistas y espectadores han ganado entonces, porque se tendió entre ellos esa pasarela soberbiamente hermosa de la inteligencia, y se han unido en el necesario instante.

Yo quiero vaciar hoy algunas apreciaciones sobre una de las más altas mentalidades críticas que ofician en las letras hispano americanas: Juan Torrendell.

Me atrae particularmente el cariño de este hombre por la producción de nuestro continente. Casi todos sus colegas de algún fuste parecen inclinarse día a día más al estudio de las personalidades mundiales, vale decir europeas. Acaso encuentran en ellas mayores márgenes para sus especulaciones estéticas. Acaso tan sólo una seducción de la celebridad les aprese. Pero el hecho es que se nos retiran y, suponiendo aristocratizarse, apenas se *rastacuerizan*.

En tanto, Juan Torrendell hunde más y más la sonda en el troje americano. Y esto, sobre involucrar un acierto—pues que más original y viviente ha de resultar por fuerza el estudio de literaturas vírgenes o en formación que el de las comentadas ya hasta la insistencia—envuelve una lección. Porque Torrendell, aunque literariamente rioplatense, viene de Mallorca, de *la terra del foners* y de Raimundo Lulio, el «limonero de Hesperia injerto en el gran roble del corazón de Iberia».

No puedo nombrar esa isla de luz sin recordar a Darío:

> «Hay un mar tan azul como el Partenopeo.
> Y el azul celestial, vasto como un deseo,
> su techo cristalino, bruñe como el sol de oro.
> Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro
> ....
> He visto unas payesas con sus negros [corpiños,
> con cuerpos de odaliscas y con ojos de [niños...»

Pero cerremos el paréntesis.

De allá, donde vivió hasta los veinte años, «con un monte detrás y con la mar delante», vino a nosotros este nuestro maestro de hoy. Llegó directamente a Montevideo; y allí, con Víctor Pérez Petit y Eduardo Ferreira, fundó la primera crítica seria en los diarios uruguayos. Aquella actuación, iniciada el año 90, fué la precursora de la famosa Revista Nacional, que dió a conocer a José Enrique Rodó. Casó Torrendell con una uruguaya de rancio abolengo montevideano. Casado, quiso volver a España; pero *la sombra del ombú* le hizo regresar al cabo de diez años vividos entre Madrid, Mallorca y Barcelona. Hoy, radica en Buenos Aires, en nuestra América, y ojalá definitivamente. Para algo estas letras se lo han incorporado.

Ha sido siempre periodista; es su vocación. «Con todo—me confesaba en una carta—creo que de no haberme absorbido la prensa, hubiese resultado un literato, quiero decir que hubiera escrito libros, principalmente obras teatrales». Ignoro por qué habla así; pues libros lleva escritos muchos y muy buenos.

Sus compilaciones de críticas son de primer orden: años de apreciación y depreciación literaria serena y nutrida de verdades estéticas, con esa buena lumbre de la sabiduría renovada y viviente, le forman hoy volúmenes preciosos; pues su crítica, aunque escrita para los periódicos, pertenece a la que reunida en libro gana en fuerza y perduración. Luego, su novela «El Picaflor» ¿no fué una precursora, el primer reflejo cierto de la vida de Montevideo? Cinco novelitas uruguayas aparecieron después en Barcelona, y triunfaron por su sabor genuino de la tierra y por su realismo tan puro y comedido. Además, Torrendell ha reducido al teatro «Pequeñeces», comedia que la Tubau le estrenó en Madrid; y en Barcelona, Enrique Borrás le añadió sus dos éxitos más ruidosos, los dramas en catalán «Los encarrilados» y «Los dos espíritus».

Agreguemos los volúmenes que aun le darán sus críticas actuales y reconoceremos la injusticia de ese ansiar de su carta.

¡Ah!, pero él sabe cuán fuerte fué

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

su brega periodística y acaso la sienta por ello sobreponerse a todo. Como que en cierto modo dirigió la política catalanista en una época, siendo director de «La Veu de Catalunya».

Lo cierto—y plausible para nosotros—es que hoy Juan Torrendell pertenece a las letras hispano-americanas. Después de pasar por diversos periódicos, ha radicado en «Atlántida» de Buenos Aires, donde presumo que con algún orgullo recibe la reverencia de los escritores.

Todos le aprecian. Conoce a los antiguos y a los noveles y, al juzgarlos, su primer cuidado, bien visible, consiste en situarse en el plano elegido por el autor. Hecho esto, y sin olvidar que un público los leerá a ambos, compara, analiza, descubre. Su cualidad sobresaliente es la liberación de toda intransigencia y de todo dogma estético. Tiene sus preferencias, pero no trata de imponerlas. Y—¡virtud rara, muy rara sobre todo en una personalidad madura y glorificada!—está siempre dispuesto a revisarse. Por esto sus *palos* no le crearon enemigos sino entre obstinados y engreídos.

Esta virtud le procura, como consecuencia digna también de anotarse, la característica más ambicionada por el crítico: el que los adjetivos más elogiosos no señalen al artículo un tono de ditirambo, el que los calificativos más duros no aparezcan como voces de castigo, el que todo vocablo sirva para definir, convertido en instrumento de precisión.

Y, para definir, sabe afinar tan bien las cuerdas de su instrumento receptivo a fin de ponerlo en el tono exacto de lo que juzga, que no sólo disocia, induce y penetra sagaz y delicado en la obra, sino que obtiene como resultante la anhelada expresión objetiva de lo subjetivo del arte, la clara ciencia que entreabre el velo del prodigio.

Pocas veces desciende Torrendell a ese análisis mezquino del detalle, ni a la minuciosidad gramatical y retórica, ni al dogmatismo en cuanto a tendencias éticas o religiosas determinadas. Es más lingüista que gramático, quiero decir más atento a la renovación y a la labradura del idioma, que al rigor extático y regresivo. Sabe, como Ortega y Gasset, que lo castizo «significa lo espontáneo, la profunda e inaprensible sustancia de una raza» y que «la psicología de una raza ha de entenderse como una fluencia dinámica, siempre variable, jamás conclusa». Las añejeces sintáxicas, pues, no merecen su atención siquiera. Más bien las deplora por redundar a menudo en amaneramiento.

Y no se crea por esto que no haya sumergido mucho su espíritu en clásicos y arcaicos. Conoce todos los siglos y todas las escuelas, los nexos que les unen, los movimientos que les dieron nacimiento y vida, las revoluciones por medio de las cuales fueron suplantados. Sobre todo ello escribe de continuo, en su circunstancia debida, sin esfuerzos de erudito, en mero deseo del término necesario para la eficaz iluminación de lo tratado. La historia, asimismo, despunta en hitos luminosos en sus artículos, ya como puntos de comparación, ya como bases de experiencia.

En cuanto a las tendencias religiosas, como apunto más arriba, tampoco han obscurecido jamás su juicio. Demagogías rojas, demagogías blancas, aplausos o vapuleos a *priori*, todo esto se halla siempre ausente de su labor.

No ignora, por último, que de crónica a crónica se puede parecer contradictorio; espera cada momento sin prisa ni preocupación, y fía en que, para juzgarle a él, los inteligentes volverán el recuerdo a su obra total y aprenderán que en los grandes comprensivos el equilibrio general está lleno de parciales desequilibrios.

Y llego a la cualidad que en Juan Torrendell me cautiva más. Este hombre de cincuenta años, que alcanzó a tratarse con Clarín y a escribir crítica a la par que el gran don Leopoldo; este hombre cuya sentimentalidad literaria debía sentir sus raíces muy aferradas a otros tiempos y ser moderadora y hasta remisa frente a los avances atrevidos de los nuevos, es, por el contrario, adalid irreductible de la modernidad en el arte. Las pocas veces que grita, lo hace como protesta contra lo anticuado. Odia lo regresivo, lo estacionario. Ante una literatura nueva, pide y exige novedad. Sus cincuenta años le han enseñado que en todas las escuelas puede triunfar el talento, que de aquí nace la posibilidad de las antologías; pero su reflexión le conduce a indignarse contra los movimientos detenidos, aun contra los más avanzados, porque se convenció de que toda escuela nació «como un procedimiento para derribar murallas, en las que se encierran los *poseedores*, y para encender entusiasmos, indispensables en toda cruzada». El lo dice. Y agrega: «Acaso los estridentes y los vociferadores, no produzcan la obra; pero ayudarán a formar el ambiente propicio al *nuevo* que la empollará, aunque ese *nuevo* sea hijo de las dos generaciones». Y así, este viejo termina por ser tal vez el más joven de los críticos rioplatenses.

Declaro que frente a un viejo de alma juvenil experimento una de las más consoladoras alegrías, una de las pocas consoladoras emociones que me da la humanidad.

Por esto se concibe fácilmente que en Buenos Aires no sea Torrendell temido como el juez o el pontífice, sino querido, aun cuando pega—y lo hace con frecuencia—y consultado como el amigo inteligente. A este hombre maduro con alma juvenil y en renovación constante, la juventud del Río de la Plata le llama en justicia entonces, con una mezcla de cariño y respeto, «maestro».

Este es don Juan Torrendell.

EDUARDO BARRIOS

(*La Semana*. Santiago de Chile).

Hemos recibido

San Rafael de Poás, 7 de noviembre de 1922.

Señor Editor del REPERTORIO AMERICANO,

San José.

Estimado don Joaquín:

EN el Nº 1 del Tomo 5 de su REPERTORIO AMERICANO, correspondiente al 9 de octubre anterior, viene un artículo de don Jorge Lardé, quien, al decir de don Juan Ramón Uriarte, «Es... un hombre de ciencia» que «en Centro América sobresale en Sismología por sus métodos de investigación y por el dominio que tiene en la materia».

El artículo a que me refiero está escrito bajo el título «La forma de la Tierra.—Teoría heptaédrica», y según el señor Uriarte, es «...revelador del talento de Lardé».

Quiero aquí hacer un ligero análisis del referido artículo, análisis que no podrá ser muy bien hecho ya que en cuestiones geológicas y sismológicas soy corto de vista como en casi todo; pero como el mencionado señor Lardé ultraja (quizá sin querer) con ciertos errores a la lógica y a las matemáticas, las dos ciencias del razonamiento, las que tanto respeto y venero, casi con fanatismo, me siento obligado a defender esas ciencias sin las cuales no puede existir ninguna otra ciencia que se precie de estable, de verdadera.

Ante todo debo decir que la figura de Lardé se me presenta imaginativamente como un héroe de la ciencia porque son pocos en estos países los jóvenes (y los viejos también) que se dedican a las disciplinas científicas y raros los que investigan y crean ciencia, quizá por el temor de la crítica y por el miedo a la censura. Lardé no es un repetidor sino un observador sagaz que crea una nueva teoría geomórfica cuyo valor científico no discuto, pero que parece bien formulada y que vale tanto y más que muchos textos de Geología y que bastantes tratados de Sismología que no son más que lo dicho muchas veces (tal vez mejor) por otros. Lástima es que Lardé no una a ese amor por la ciencia y a esa aguda observación una buena preparación lógica y matemática, que sí harían de él una autoridad en la materia a que se dedica ahora.

El señor Lardé, tal vez novicio en la redacción de artículos científicos, redacta el que analizo de tal modo que no es posible leer los primeros párrafos aislados porque va asegurando en cada párrafo (casi en todos sucede esto) la verosimilitud de una teoría que ya la ciencia ha desechado; y no es que él crea en que aún sea aquella teoría la que la ciencia tiene actualmente como verdadera o como más cercana a la realidad, sino que la expone tal como se la creyó en tiempos en que estaba en su apogeo, pero en el siguiente párrafo la destruye y pone una nueva hasta que en el penúltimo párrafo esboza su teoría heptaédrica; por ejemplo en el párrafo «I.—Esfericidad», dice, entre otras cosas: «Ese hecho, pues,—la esfericidad de la Tierra—está fuera de toda discusión y definitivamente conquistado para la Ciencia. Las dudas y las discusiones han empezado cuando se vió que no podía ser complemente esférica...»

«*La fluidez primitiva de la Tierra implica forzosamente su esfericidad*». En resumen, que primeramente dice que la Tierra es esférica y que esta hipótesis está fuera de toda discusión; en seguida da a comprender que ha habido discusiones por ello, con lo cual prueba que no estaba la esfericidad de la Tierra fuera de dudas y discusiones; hay allí una contradicción muy clara; luego afirma en las últimas líneas con bastardilla que la fluidez implica la esfericidad de la Tierra; y dice «su esfericidad» dando con ello a comprender que la esfericidad es una cualidad de la Tierra, y lógico es pensar que si la esfericidad es cualidad de la Tierra, no puede tener ninguna otra cualidad que de alguna manera se oponga a la de ser esférica: luego, la Tierra, según este párrafo, no es elipsoidal, tetraedal, etc., sino esférica y únicamente esférica.

En el párrafo «II.—Esferoicidad» afirma de un modo categórico, que la Tierra es esferoidal[1], destruyendo con ello la precedente afirmación de que es esférica, puesto que a la vez no puede tener las dos formas; afirma esto cuando dice: «La fluidez primitiva de la tierra y su movimiento de rotación, implican, forzosamente, su forma esferoidal»; la palabra «forzosamente» no debería haberla usado el autor en esos casos citados, porque con ello ha pretendido el señor Lardé dar a comprender que forzosamente la forma ha sido primero la esférica y luego la esferoidal, y aunque así lo pretenda, él mismo confiesa que no lo es, puesto que lanza una nueva hipótesis sobre la forma de la Tierra. Pero esto de la forma esferoidal[2] lo contradice en el párrafo «III.—Ovoicidad» cuando dice: «...indica mayor anchura hacia aquel rumbo (Norte de la Tierra) que en éste (Sur de la Tierra)?...

»...El hecho de que no es un elipsoide (la Tierra) sino un ovoide, indica claramente que la forma...

»¿Por qué la Tierra afecta, hasta cierto punto, una forma ovoidal?»

Con lo dicho basta para confirmar mi aserto de la mala redacción del artículo que estudio. Entremos ahora al verdadero análisis.

En las primeras líneas no más se ve un error imperdonable de petición de principio, o un círculo vicioso; dice el señor Lardé en el párrafo «I.—Esfericidad»: «...¿por qué la Tierra tiene una forma esférica o casi esférica? ¿Y por qué los demás planetas, el Sol y las demás estrellas son también esféricos?

»Evidentemente hay una causa general que les ha dado esa forma. Los sabios, fundándose en innumerables hechos, entre ellos, la esfericidad de los astros, han llegado a la conclusión de que los astros, en el principio de la vida de cada uno de ellos, estuvieron en estado fluido.

»Y siendo así, se comprende bien por qué tienen todos la forma esférica, ya que todos los fluidos, y no los sólidos, abandonados a sí mismos, toman espontáneamente la forma esférica...»

Huelgan las aclaraciones, pero como habrá lectores biscos, ya que el autor así lo fué, aclaro un poco; prueba que los astros estuvieron en estado fluido, dado que ahora tienen una forma esférica o casi esférica; y luego dice que, habiendo sido fluidos, lógico es pensar que son esféricos; me acuerdo de aquello de quién fué primero: ¿la gallina o el huevo?

En seguida vienen algunos errores de menor cuantía tal vez, pero que no por ello dejan de ser errores; afirma que los elipsoides no son sino simplemente esferas deprimidas, y se comprende que desconoce la definición del elipsoide y el principio fundamental de la elipse[1] de que los dos radios sectores de un punto cualquiera siempre suman una cantidad constante e igual al eje mayor (2 a) y que la elipse no es una curva alargada caprichosamente, sino sujeta a leyes invariables; esta aseveración la hace cuando dice: «...son elipsoides, esto es, esferas deprimidas hacia los polos y ensanchadas hacia el ecuador»; en el párrafo «II.—Esferoicidad.» no dice siquiera si las depresiones polares son iguales o diferentes; siendo diferentes, jamás podría ser un elipsoide ya que la elipse es simétrica con respecto a sus dos ejes (2 a y 2 b).

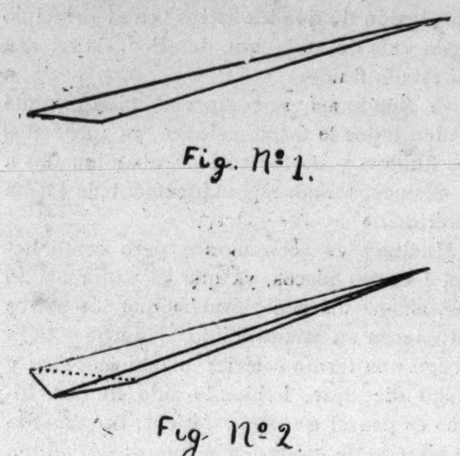
Viene luego en el párrafo «IV.—Tetraedricidad» un caso de máximos y mínimos que parece mal resuelto o mal explicado; dice el autor: «...la Tierra tiende a tomar una forma tal, que bajo la mayor superficie (corteza) se contenga el menor volumen (núcleo), es decir, la forma de un tetraedro»; no dice si es regular, pero parece afirmarlo con la figura del tetraedro que viene grabada en el mencionado párrafo y este tetraedro (el regular) no satisface a la dicha condición de contener el menor volumen para una superficie dada; satisface sí un tetraedro inclinado, cuya inclinación se acercase a 0º, es decir, que el ángulo que formara su eje con la base fuese lo más pequeño posible, pues cuanto menor fuese, menor sería el volumen y cuya base fuese un triángulo en el que el mayor perímetro contuviese la menor superficie, es decir, un triángulo cuya mediana basal formase con la base el menor ángulo posible, siempre

(1) Entiendo por esferoidal una forma semejante a la esférica, pero no igual; lástima que use el autor términos tan vagos, donde debería poner términos precisos.

(2) El autor usa «esferoidal» por «elipsoidal».

(1) Quien ignore esto, no podrá darse cuenta de las órbitas planetarias, ni hacer un cálculo, ni dar un paso seguro en astronomía; lo mismo puede decirse de quien ignore la teoría de las secciones cónicas en general.

que hubiese triángulo, pues cuanto menor fuese este ángulo, menor sería la superficie del triángulo; es decir, que la base del tetraedro tendría una forma muy semejante a la representada en la figura Nº 1, y el tetraedro una bastante parecida a la que se ve en la figura Nº 2. (1)



Claramente se ve que resulta un tetraedro sumamente irregular; y si debe satisfacer a la condición de ser inscriptible en una esfera, cualquier tetraedro la reune porque tiene cuatro vértices que podremos situar en el espacio sobre cuatro puntos y por cuatro puntos que no estén en un mismo plano puede hacerse pasar una esfera, luego la forma no es un tetraedro cualquiera y menos regular, como parece indicarlo el señor Lardé; sólo que por el hecho de la condensación de la materia terrestre fluida deban estar las caras del tetraedro equidistantes del centro del mismo, así como los vértices también, no puede ser un tetraedro irregular sino regular como parece indicarlo la figura puesta en el párrafo que estudio, pero el señor Lardé no lo dice así y no creo que sea que él quiere que los lectores adivinen las cosas mediante las ilustraciones de su artículo.

En el párrafo «V.—Heptaedricidad», se expresa: «los paralelos no son completamente circulares, sino que son circunferencias deprimidas en las tres cuencas oceánicas, de modo que representan circunferencias groseramente circulares». Las matemáticas tienen una figura llamada circunferencia y otra triángulo rectilíneo, pero circunferencias triangulares no las tiene aún; tienen sí triángulos curvilíneos que quizá es a lo que se refiere el articulista salvadoreño; esta ausencia de tecnicismos necesarios (2) oscurece las ideas, pues por ello no son bien expresadas.

Más adelante confunde un ovoide con un heptaedro, puesto que dice: «...el ovoide terrestre presenta siete caras...» y sabido es que el ovoide no está limitado por planos sino por superficies curvas y es por lo tanto un poliedro de infinito número de caras y no de siete, como lo cree el joven Lardé; en ese mismo párrafo confunde el trapecio con el trapezoide, pues dice: «...las tres caras de la pirámide austral son reemplazadas en la boreal por tres caras en forma de trapecio...»

De ahí resulta que el ovoide terrestre presenta siete caras:... 3 trapezoidales (las tres laterales del hemisferio boreal)»; la palabra trapezoidal ha debido cambiarla por trapecial o la palabra trapecio por trapezoide, pues primero habla de caras trapeciales y luego se expresa como si fuesen trapezoidales.

Dice enseguida: «...la Tierra es una esfera de tal modo modificada que se asemeja a un ovoide heptaeovoidal...»; curioso es esto de que haya esferas modificadas; creo que a una esfera modificada (1) es absurdo llamarla esfera, pues será ovoide, elipsoide, paraboloide, tetraedro, poliedro, cuerpo redondo, etc.; pero no esfera porque en matemáticas sólo una cosa se conoce con el nombre de esfera; y lo de ovoide heptaedroidal es semejante a lo de esfera modificada, es decir, no existe en la ciencia geométrica.

Finalmente el artículo (no diré el autor porque pudo ser la imprenta) puso «elíptica» en vez de «eclíptica» en el último párrafo donde dice: «...por el balanceo del plano de la elíptica».

Pero esto se hace extenso y es mejor finalizarlo, no sin antes decir que el autor del artículo en referencia, señor Lardé, a pesar de los pesares, ha observado mucho y discurrido bastante, pues la esencia de su teoría (no de su artículo) parece (yo no podría dar un juicio a conciencia) buena; noto sí que parece ser maquiavelista el autor, pues llega a un fin cierto (?), pero los medios que ha empleado son a ratos casi pésimos.

Esas son, señor García, las observaciones que hace días quería hacerle a ese artículo, que es una mescolanza de cosas buenas, mediocres y malas, que no es escrito por un hombre de ciencia, por un sismólogo de altos vuelos ni por un conocedor profundo de la materia como lo asegura el señor Uriarte, pero que sí lo fué por un joven que cultivándose llegará a ser eso y más.

Mil perdones por lo largo de esta carta y mil gracias por haberla escuchado, reciba de su servidor y amigo,

VITAL MURILLO.

(1) Por supuesto, que no es posible dibujar la figura tal como es, porque el ángulo de inclinación debe ser casi nulo en ambas figuras, pero sí se da una idea de las formas del triángulo y del tetraedro.

(2) Digo necesarios porque los hay pedantescos.

(1) Seguramente el autor quiso decir «una esfera transformada», cosa que sí parece ser correcta.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica